

Angie.



Ana Emberley

Contents

[Title](#)

[Copyright](#)

[Ficción](#)

[Dedicatoria](#)

[Campamento 1956](#)

[PRIMERA PARTE](#)

[Incertidumbre](#)

[El apartamento](#)

[Zoya](#)

[La entrañable secretaria](#)

[La despedida](#)

[El té](#)

[SEGUNDA PARTE](#)

[Work in progress](#)

[El estreno](#)

[Operadora de radio](#)

[Interrogatorio](#)

[¿Otra identidad?](#)

[La señora Carmen](#)

[Los mensajes de don Carlos](#)

[Gibraltar confidential](#)

[La cita](#)

[En el Támesis](#)

[La carta](#)

[TERCERA PARTE](#)

[La detención](#)

[Bye, bye London](#)

[¿Ahora qué?](#)

[La lluvia de nuevo](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

ANGIE

por ANA EMBERLEY.

© Ana Emberley Soria, 2019

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos de ejemplares.

Twitter&Facebook
www.anaemberley.com

Fotografía de portada: Esther Emberley

Modelo: Sonja Martínez

Lugar; Hostal Casa Henrietta en Jimena de la Frontera (Cádiz, España)

Angie es una obra de ficción en la que aparecen hechos, detalles y personajes históricos que se han alterado en algunos casos según las necesidades de la trama.

A las mujeres valientes.

Campamento, San Roque (España). 22 noviembre de 1956. 12:45 PM

No había huido aquel día lluvioso para volver a ser capturada. Tenía los brazos amoratados y doloridos por la resistencia que había mostrado desde que la detuvieron aquellos indeseables. Pensó irónicamente que allí, en lo que otros hubiesen denominado “casa”, ella siempre estaría encarcelada de una u otra manera. Nunca debió haber aceptado esa misión que la llevó de nuevo al agujero del que había escapado años atrás.

La dejaron sola en una habitación, mientras en la contigua seguramente decidían qué hacer con ella, como sacarle la información que querían o a dónde la debían enviar y para qué. Desde luego que no iban a mandarla a una cárcel española, pudiendo dar tanta información al régimen que gobernaba España bajo el dictador Franco. Posiblemente la mandaran a Inglaterra. No lo sabría nunca.

Pensó también en la infeliz de su amiga María, a la que había utilizado vilmente para conseguir sus objetivos. No se lamentaba de no haberse convertido en algo parecido. Sintió una especie de remordimiento pero inmediatamente lo alejó de sí, no era momento de autocompasión sino de actuación. Necesitaba llegar al arsénico que guardaba en el tacón de su zapato antes de que la desprovieran de sus cosas y ya no hubiera vuelta atrás, quedando a merced de sus captores. Volvió a intentar deshacer el nudo que le oprimía las manos pero era casi imposible. Por otro lado, una vez lo consiguiera tenía que romper el tacón del zapato donde se guardaba la cápsula que contenía el veneno.

En el cuarto de al lado el tono de los rumores de la conversación le hacía presagiar que estaba llegando a su fin. Suspiró. Ya sólo le importaba conseguir su objetivo. Miró alrededor intentando encontrar algo que le ayudara, aquella habitación enmoquetada de verde botella sólo tenía una robusta estantería con algunos libros y cerámicas y una mesa redonda con cuatro sillas, en una de las cuales se encontraba amarrada.

En la estantería encontró lo que buscaba, un abrecartas. Arrastrándose hacia allí, con mucha dificultad, consiguió cogerlo. Al volverse dio con la silla en la estantería y por un momento se estremeció pensando que podrían haber oído el ruido. No fue así. Se esforzó en concentrarse y no escuchar la conversación de fondo, hasta que pudo soltar la cuerda y con el mismo

abrecartas abrir la suela de su tacón y coger la cápsula.

Intentaba barajar cuál era la mejor opción. ¿Podría salir por la ventana? Tenía el abrecartas y el arsénico. Tenía que decidir qué era lo más conveniente en la situación en la que se encontraba.

En ese momento se abrió la puerta. Oyó débilmente la lluvia exterior y los recuerdos se agolparon en su cabeza queriendo salir a presión. No había tiempo. No había huido aquel día lluvioso para volver a ser capturada, no.

PRIMERA PARTE

Incetidumbre

En Londres la recibió la misma lluvia que había dejado en el sur de España. Miraba por la ventanilla del taxi el nuevo paisaje que se abría ante ella. Había huido del infierno hacía ya una semana y ahora se encontraba en aquel sitio desconocido, en tierra de nadie, sin saber hacia dónde se encaminaba su vida.

Podría haberse quedado allí, aguantando como miles de mujeres hacían a diario, pero ése no era su talante. Con una mezcla de miedo y determinación decidió lanzarse al vacío sin más. Unos amigos le habían facilitado una dirección en Londres donde le aseguraron que le podían ayudar. Llevaba noches sin dormir, salvo el ligero y puntual letargo en el barco, pero aun así se la veía bastante entera. Era más el peso de la incetidumbre que el cansancio. Sólo llevaba un bolso y unos zapatos extremadamente pequeños, que le había proporcionado una amiga en su huida y que en algunos momentos de su periplo había llevado en la mano para agilizar el paso.

Cuando bajó del vehículo, miró a su alrededor hasta identificar el número de la casa. Se encaminó a ella y llamó. A esas alturas ya estaba empapada y aterida. Abrió la puerta una mujer, delgada, con pelo castaño y corto, y mirada cansada. La observó de arriba a abajo y la dejó pasar. Ella intentó mostrarle el papel con los datos de contacto que le habían dado, pero a la mujer parecía no interesarle lo más mínimo. Simplemente se volvió y se dirigió hacia la cocina, donde se entreveían un par de niños sentados en una espaciosa mesa. Ella se quedó en la puerta sin saber muy bien qué hacer.

—¿Angelines? —se escuchó decir desde una habitación a su izquierda—. Pasa por acá —la voz era masculina y ya se le intuía un deficiente español.

Fue hacia la habitación de donde había salido la voz.

—Disculpa mujer mía. Es un poco enfadado con niños. Esto lo decía el hombre a la vez que se levantaba de un gran sillón para extenderle efusivamente la mano.

—Harold Philby —se presentó —Encantado. Ya me han dicho allí, España.

Era un hombre de unos treinta y tantos, moreno, apuesto, de rasgos duros y con unos ojos muy expresivos. Mostraba seguridad y cordialidad. Le atendía

en un despacho desordenado, con papeles, maletas y cajas por todas partes.

Angelines sólo sonreía, mojada y temblorosa. Ella no sabía nada de inglés y el hombre, por lo que parecía, no hablaba mucho español. Iba a ser difícil entenderse. Le mostró el papel que le habían dado antes de partir y que estaba escrito en inglés. Ella no sabía qué ponía.

—Usted querrá baño y comida ¿no?

El hombre fue a la cocina y preguntó algo en inglés a su mujer, a lo que ésta respondió con un alzamiento de voz agudo y chillón. Salió de mala gana de la cocina, donde tres niños pequeños comían y le indicó que la siguiera por las escaleras con un gesto.

—Viene con ella —dijo él— moviendo a su vez las manos, como si la empujara simbólicamente hacia la escalera.

Se dirigieron al dormitorio y la señora de la casa le dio algo de ropa de vestir, un camión y una bata de noche aterciopelada. Luego le mostró el baño y le explicó por gestos que calentaría agua.

Media hora después Angelines yacía casi aletargada en la bañera de la casa de los Philby. Era la primera vez que estaba en una atmósfera que le permitía pensar ligeramente, y ahora sí, el cansancio era más fuerte que ella.

Aun así se recompuso, y se vistió. El señor Philby se ofreció a acompañarla al centro para que comprase algo de ropa, de todas formas él debía ir a trabajar. Cruzaron el puente de Hammersmith y cogieron el metro. Ya en esa zona se notaba el bullicio de Londres pero cuando llegaron al centro se quedó completamente sorprendida del trasiego de gente en el lugar. Por lo poco que le había entendido, chapurreando uno y otro, el señor Philby tenía un importante puesto en el gobierno británico. Se despidió de ella recordándole la dirección para volver a la casa y se marchó. Angelines volvió a quedarse sola. Entró en una tienda de zapatos. Era lo que más le apremiaba pues tenía los pies muy doloridos, al punto que empezaba ya a cojear. Compró dos pares de zapatos de suela baja, cómodos, y en cuanto salió de la tienda tiró con rabia a una papelería los que le habían acompañado durante el viaje. También compró una maleta de segunda mano para poder guardar sus cosas. El baño la había dejado amodorrada y entre el sudor y la lluvia durante el viaje empezaba a encontrarse mal. Al menos se sentía cómoda con sus nuevos zapatos. No sabía cuántos pasos más iba a ser capaz de dar, así que paró el primer taxi que vio y le dio la dirección de la casa. No quería molestar pero le pesaba la cabeza por encima de los ojos, estaba segura de que tenía fiebre.

Llegó a la casa y esta vez fue uno de los chiquillos el que le abrió la puerta.

Lo siguiente que recordaba era haberse despertado en la habitación con vendas mojadas en la frente y con la señora Philby, algo más solícita, ofreciéndole una sopa caliente.

—Perdón —dijo ella con vergüenza—. Viaje, lluvia...

—Sí, sí no se preocupo. I am Ayleen.

—Angelines.

—Sí, ya sé.

Después de tomarse la sopa caliente, durmió sin más. Al despertar se encontró al hombre mirándola. Había estado casi un día entero dormida.

—¿Cómo se encuentra?

—Mejor, thank you.

Poco a poco fue recobrando la salud y entablando algo más de confianza con Ayleen, que ya parecía más conforme con que estuviese allí. Era una mujer a la que se veía cansada e infeliz. Hablaba a su marido con cierto desdén y desprecio y a él parecía darle igual. Pero eso no era asunto suyo. Poco a poco iba mejorando y esforzándose por entender lo que le decían sus anfitriones. Los niños andaban por la casa, con cierto escándalo, pero en absoluto insoportable. Se veía que estaban hechos a la disciplina inglesa.

Pasaron un par de semanas hasta que se pudo decir que Angelines estaba totalmente restablecida. Para entonces ya había aprendido a decir algunas palabras en inglés, sobre todo con el hijo mayor de la familia, John, de unos cinco años, que se empeñaba en ayudarla en tan ardua tarea y se esforzaba en que repitiera hasta que le salía bien. Le gustaba quedarse en su habitación y jugar a que le cuidaba. Nadie le decía nada. Angelines suponía que al fin y al cabo les venía bien pues, sabiendo que estaba allí, Ayleen se descargaba un poco de la pesada vida familiar que parecía tener. Gracias al pequeño John aprendía inglés. Ayleen iba y venía con la comida y poco más. Cuando Angelines empezó a levantarse, a veces le hacía caso y a veces ni la miraba. La escuchaba gritar, llorar e intentaba llamar la atención más que los niños. El señor Philby ni se inmutaba y pasaba los días en su despacho, atendiendo asuntos con su amable secretaria, Esther Whitfield, y recibiendo visitas de señores que a veces parecían importantes, y a veces no.

Fue tras una de esas visitas cuando llamó a Angelines a su estudio para hablar con ella. Estaba allí su secretaria.

—Disculpa Angelines. Usted tiene que marchar a un otro lugar. Yo marcha pronto a otro país.

Angelines asintió. No preguntó nada, sólo miró las cajas y maletas apiñadas.

—Hay un compañero. Mr. Burgess que le ayuda para empezar una nueva vida. Mañana yo presento a usted.

—Thank you so much —se atrevió a pronunciar Angelines en un tímido inglés.

Al otro día llegó el susodicho Burgess y Angelines fue llamada al despacho. Ya lo había visto entrar y salir en otras ocasiones. Parecía tener mucha confianza con el señor Philby y Angelines se había percatado de que Ayleen estaba especialmente irritable cada vez que aparecían la secretaria y este señor. Los niños le saludaban con familiaridad y por el pequeño John pudo entender que habían vivido juntos en Estambul.

—Buenos días —dijo Burgess en torpe español a la vez que le dio la mano.

El señor Philby hizo las presentaciones oportunas y Angelines comprobó que si el señor Philby hablaba poco español, este hombre no lo hacía mucho mejor. Por suerte ella ya empezaba a esforzarse por hablar inglés y entre la pronunciación y los gestos cada día se comunicaba con más facilidad.

Guy Burgess era también un hombre atractivo, como Philby, con un tono de pelo más claro. Sin embargo, a Angelines le causaba rechazo el hecho de que fumara un cigarro tras otro al punto que se fijó que tenía los dedos índice y medio entre negros y amarillentos a causa de la nicotina, y que ese olor a colonia no podía camuflar el de tabaco, por lo que, en cuanto estaba demasiado cerca, esa atracción se convertía inmediatamente en repulsa.

La española entendía cada vez mejor el inglés gracias al pequeño John. Se dio cuenta de que le costaba menos entender al señor Philby, que apenas introducía ya palabras en su torpe español; le comunicó que en dos días su secretaria la llevaría a una nueva casa, que todavía tendría que esperar un poco para tener una ubicación estable y un trabajo. Lamentaba mucho no poder atenderla personalmente, pero se trasladaba de país en pocos días, así que a partir de ese momento el señor Burgess sería su contacto.

—Espero que no tenga inconveniente —terminó diciendo.

—De ninguna manera. Sólo puedo tener palabras de agradecimiento por cómo se están portando conmigo. Muchísimas gracias, de verdad— lo dijo

todo en inglés y juntó las manos en señal de agradecimiento.

Burgess miraba sonriente mientras Philby le explicaba y ella hacía por comprender.

No sabía por qué se tomaban tantas molestias. Casi no la conocían y lo único que tenían de referencia era la nota que le había hecho aquel amigo antes de partir.

Aquella noche el señor Philby la invitó a tomar una copa a su estudio, obviando como siempre a su mujer. Estuvieron charlando un buen rato, en ambos idiomas. Él recordó con nostalgia su época de periodista en “The Times”, cuando estuvo en España cubriendo la guerra civil y recibió hasta una medalla de Franco, claro que a costa de ser el único superviviente de un obús que reventó el coche donde viajaba una delegación de periodistas en el frente de Aragón. Conocía Gibraltar y también había estado un tiempo en Sevilla, la cual le encantó. Angelines lo escuchaba, intentando entenderlo todo y lo que no, se lo hacía repetir. Ella no habló demasiado, sólo le dijo que había sido costurera y que había trabajado en una tienda de máquinas de coser Singer, en La Línea, la ciudad española frontera con Gibraltar. Del resto no le contó nada, tampoco le interesaba a ella recordar nada más por ahora. Sólo sabía que estaba en el despacho de aquel hombre, aquel día, y que en un par de días estaría en otro sitio.

Esa noche se fue a la cama con un ligero sabor a whisky en el paladar y por primera vez se preguntó si había hecho lo correcto, si no sería verdad el dicho que decía su madre de “más vale lo malo conocido”. Pensó en su madre, que la echaría de menos y en la pobre Ayleen, tan cansada, con ese marido que no le hacía ni caso... ¿o no le haría caso porque era insoportable? Todas las parejas tenían lo suyo, pensó, y se estremeció por un momento.

Poco a poco se fue aletargando y se dejó vencer por el sueño. Puede que fuese por la copa que se había tomado, o porque ya no podía más, pero aquella noche fue la primera que durmió tranquila y serena desde hacía más de de un año.

El apartamento

A los dos días Mrs. Whitfield la acompañó en un taxi a lo que sería su nuevo hogar, si podía llamarlo así. Se había despedido de los Philby, que el día de su marcha parecían estar inmersos en sus propios problemas. Sólo el pequeño John le había dado un efusivo abrazo.

El apartamento estaba en el centro de Londres, a un par de calles del British Museum y en plena zona universitaria. Le seguía llamando la atención el bullicio de aquella gran ciudad. El sitio más grande en el que había estado era en Sevilla, una vez que su madre la llevó de niña a visitar a unos parientes con los que pasaron unos días cuando murió su padre.

Entraron a un edificio de ladrillo visto y formas abovedadas de cuatro plantas. Subieron las angostas escaleras. Daba la impresión de ser una antigua casa reformada para albergar pequeños apartamentos. La secretaria del señor Philby golpeó suavemente la puerta con los nudillos y abrieron sin preguntar.

Tras abrir, Guy Burgess le dio la espalda y se dirigió a la cocina. La señorita Whitfield dio por terminado su trabajo y tras despedirse brevemente se fue. Debía ser la forma natural de comportarse allí —pensó—, no se andaban con rodeos. Mientras seguía al hombre, vio cómo cogía un vaso de líquido transparente, el cual pensaría que era agua si no fuese por la ligera mueca que hizo al tragar.

—¿Le apetece un poco? —lanzó el vaso hacia adelante invitándola, pero sin decir lo que era.

—No gracias. No suelo beber... a esta hora.— terminó la frase dubitativa, no quería parecer una mojigata o imprudente, pero era realmente temprano.

Dejó en el suelo la pequeña maleta que contenía lo poco que había comprado días antes. La situación era un poco incómoda ya que al hombre se le veía ligeramente ebrio y no hacía para nada de anfitrión. El idioma tampoco acompañaba.

La miró de arriba abajo con cierto desdén. —Entonces, esta va a ser su casa por ahora.

Se estremeció al ser observada tan descaradamente. Esperaba que aquel hombre no hiciese ninguna tontería, y pensó que tendría que salir corriendo de allí con el poco dinero y la poca ropa que tenía. Pero no, el hombre se incorporó del quicio en el que se había apoyado con su vaso y se dirigió a la

pequeña cocina. No tenía en absoluto el talante con el que le había visto el día antes en la casa de Philby.

—Acomódese hoy. Mañana la veo— y salió por la puerta dejando una llave en el pequeño aparador que había en la entrada.

Por fin se quedó sola. Recorrió el pequeño apartamento, casi vacío. No le llevó mucho tiempo. Un salón mediano que daba a una pequeña cocina, un cuarto de baño con ducha y un dormitorio amplio. La cocina daba a una terracita cerrada con un tendedero y una estantería que podía ser usada como alacena. La casa carecía de cualquier tipo de decoración y era parca en muebles. En el salón había un sofá pequeño marrón tapizado, una estantería de madera clara sin pintar y una mesa cuadrada con un paño blanco y cuatro sillas de color oscuro. En la esquina había una estufa eléctrica de color naranja. Se dirigió al dormitorio. Una cama de matrimonio sin hacer y un pequeño armario en el que había tres perchas y ropa de cama. Sábanas para la cama y dos mantas. Por último en la cocina dos fuegos de gas y un frigorífico, dentro del cual únicamente había una botella con sólo un trago o dos de lo que quiera que fuese que estaba bebiendo aquel hombre que era ahora su referencia allí. Acercó la nariz y olió haciendo una mueca de desagrado. Aquello parecía ser alcohol puro. Tras recorrer la casa se sentó en el sofá. En silencio. Era un apartamento totalmente impersonal. ¿Quiénes serían aquellos extraños hombres de Londres, conocidos de sus amigos de España? No había nada en aquel apartamento que le diese alguna pista. Salvo la botella de la cocina. Y eso no era una buena señal. Y se quedó allí, inmóvil, sentada, pensando un poco en todo y en nada durante cerca de dos horas. Tenía todo el día por delante para situarse en aquel sitio.

Al día siguiente Burgess apareció sin previo aviso y no consideró necesario llamar a la puerta. Llegó, entró, le preguntó qué tal se encontraba y marchó. Esto se repitió el día siguiente. Angelines no quería ser descortés pero todo se complicó el tercer día, cuando abrió la puerta violentamente a eso de las doce de la noche y en estado de embriaguez. Angelines dio un brinco de la cama con el corazón encogido por el miedo. No iba a seguir consintiendo esa situación, prefería irse de allí. Toda su furia española se dirigió con ella al salón.

—¡Desgraciado, no le voy a consentir que siga comportándose de esa manera! Ya veo que no tiene consideración conmigo— lo miró de arriba abajo y continuó hablando— y creo que con ninguna mujer en general.

Burgess le miraba con sonrisa malvada y ojos alcoholizados. Aunque no estaba cerca de ella le llegaba ese olor agri dulce de sudor mezclado con alcohol y tabaco.

Esa actitud ponía aún más nerviosa a Angelines. No contestaba, sólo miraba, desafiante. Sacó un pitillo de un bolsillo de su abrigo y se dispuso a encenderlo, sin atinar con la borrachera. La cerilla salió y Angelines la apagó con la planta de su pie descalzo, insensible gracias a que se había criado en los campos de Benalup - Casas Viejas, donde jugaba con sus primos a pisar ortigas y otras plantas punzantes hasta que su planta del pie se convirtió en un callo grueso y protector.

Una ráfaga de brillo cruzó los ojos acuosos de Burgess impresionado por la acción, que se disponía a hacer el segundo intento para encender su cigarro.

—¡Mira imbécil, se acabó! Lo mejor es que me vaya. Prefiero morir de hambre en la calle antes que aguantar esta absurda situación. Ahí te quedas, Guy Burgess —aún encolerizada, se dirigió a la habitación, dio un portazo y se dispuso a guardar las pocas cosas que en esos días había ordenado meticulosamente, de nuevo en la maleta.

Burgess abrió la puerta del dormitorio, sin preguntar. Angelines observó un atisbo de preocupación en sus ojos, pero todavía se mostraba chulesco.

—¿Dónde cree que va?

—Hombre, el señor habla. A cualquier parte menos aquí. Es usted un maleducado —otra mueca de sonrisa perversa, parecía que le ponía cachondo que le dijera esas cosas.

La miró recoger y cuando iba a pasar por delante de él la paró en seco, poniendo su brazo entre ella y la puerta, impidiendo que saliera y hablándole, con ese alcoholizado aliento embutido en su cara.

—No vas a ninguna parte españolita —le agarró la barbilla y se la acercó aun más a él —¿Qué? ¿Te doy miedo?

Era obvio que disfrutaba con la situación.

—En absoluto —dijo ella intentando disimular que estaba espantada—. Apártese de mi camino.

Intentó salir y Burgess le agarró del brazo en un brusco movimiento. Ahora sí estaba realmente asustada. Le mordió el brazo y salió corriendo. Tras un primer momento de confusión más por la borrachera que por reflejos, salió tras ella y la alcanzó en la puerta.

—No, no se va.

Angelines le pateaba sin poder escapar.

—¿Me oye bien? Usted no se va a ninguna parte.

Dio una patada en los genitales a Burgess que empezó a retorcerse de dolor y al intentar abrir se dio cuenta que había cerrado con llave, buscó en el aparador y de repente se acordó de que su llave estaba en la estantería. La cogió y pasó por encima de él.

—Señora, no se vaya por favor. No puede irse —cambió el talante—. Me matarán si lo hace, por favor —suplicó.

Angelines lo miró, patéticamente tirado en el suelo, antes de abrir la puerta y se apiadó de él. Ella tampoco estaba en condiciones de seguir arriesgando. ¿Debía quedarse?

Con una mano en la puerta y la llave en la cerradura le preguntó, —¿Y por qué debo quedarme esperando que usted irrumpa aquí borracho cuando le venga en gana y sin saber qué va a ser de mi vida?

El hombre realmente parecía asustado de que ella se fuera. —Está bien, déjeme que le explique, por favor.

—De acuerdo, pero quédese lejos. Y veré si me convence. Si intenta algo gritaré hasta que no pueda más.

Burgess se incorporó y levantó con esfuerzo y se mantuvo prudentemente a dos metros de Angelines.

—Disculpe mi comportamiento, señora Gómez. Es que odio a España y a los españoles. Os odio a todos —empezó a llorar histriónicamente. Angelines pensaba que de un momento a otro aparecería algún vecino, eso si no llamaban a la policía, cosa que no se podía permitir.

Por suerte, se enjugó las lágrimas y se dispuso a hablar en un tono más relajado.

—Por vuestra maldita guerra civil murió mi mejor amigo, Julian. Se fue a ayudar como voluntario al bando republicano, quería luchar por la libertad, siempre tan comprometido. Era el conductor de la ambulancia que trasladaba a los heridos, un trabajo que en principio no resultaba peligroso, pero no llegó muy lejos Julian. En 1937 le alcanzaron los fragmentos de una bomba que estalló. Fue en el norte, la batalla de Brunete le llamaron. Veintinueve años. ¿Le parece normal?

Angelines negaba con la cabeza. —Todos perdimos a seres queridos en la guerra.

—Sí —afirmó irascible de nuevo—. Pero era su puta guerra, no la nuestra.

No tenía que haber ido. —Al ver que se estaba violentando de nuevo, volvió a bajar el volumen—. Y lo peor es que fue una batalla sin importancia, donde sólo hubo muertos, ninguno de los bandos ganó. Murió por nada —volvió a llorar con desazón y Angelines no sabía qué decir. Sí que había querido a su amigo si después de más de una decena de años le seguía llorando de esa manera.

—Lo siento —fue lo único que pudo decir.

Zoya

Llamaron a la puerta. Desde que habían tenido aquel encontronazo días antes y la posterior confesión de la pérdida de su amigo no había vuelto a ver a Burgess. No abrió la puerta de golpe disponiendo del apartamento, pidió permiso. Le acompañaba una mujer.

—Hola. Pasad —dijo mirando a Burgess sin disimular su cara de sorpresa y como esperando una explicación.

Una vez en el salón, ante la cara expectante de Angelines, habló.

—Esta es Zoya, una compañera del Este.

—Encantada —dijo la mujer adelantándose y dándole un vigoroso apretón de manos.

—Angelines, soy española.

—Sí, ya me ha puesto en antecedentes Guy por el camino.

—Zoya se quedará poco tiempo. Ya os apañaréis vosotras aquí. Seguro que no tenéis ningún problema por convivir unos días— a Angelines le pareció que esas palabras sobraban.

—Ah. Perfecto— de hecho se alegraba de tener la compañía de otra mujer, después de llevar todo ese tiempo sin relacionarse con nadie más que no fuera aquel hombre.

Se la veía muy resuelta a la tal Zoya. Había dejado el abrigo colgado y su equipaje bajo el perchero de la entrada y ahora se disponía a coger algo que llevaba en el abrigo. Entregó un sobre a Burgess y él lo guardó en el bolsillo interior de su chaqueta. No se dijeron nada.

—Bueno, señoras. Aquí las dejo. Que tengan buena tarde. El taxi la recogerá por la mañana —se dirigió a Zoya, y desapareció cerrando la puerta tras de sí.

—Pues nada. Aquí nos quedamos como ha dicho el caballero —tenía un acento inglés muy fuerte y malo, pero se la entendía. Se tiró con mucho desparpajo en el sofá y cruzó los brazos como esperando. Miró a Angelines de arriba a abajo.

—¿Y tú de dónde has salido, pequeña? —la miró unos segundos, pensando. —¿Sabes qué? Creo que podríamos acicalarnos un poco y dar una vuelta por la ciudad.

—¡Pero si ya es de noche! —dijo Angelines señalando la ventana del salón, que aunque daba a un patio de luz dejaba entrever la oscuridad.

—¿Y qué? Sólo son las seis.

Angelines no sabía qué decir. A ella le daba miedo salir por Londres a esa hora pero la otra mujer, arrolladora, no le daba opción.

—Está bien.

Fue al cuarto por una pañoleta para la cabeza y un abrigo. Zoya por su parte cogió el suyo del perchero y un espejito que tenía en el bolso y se miró. Se pellizcó los mofletes con fuerza y sacó una barra de labios del bolso. — Un poco de color no nos vendrá mal.

Cuando salieron por la puerta era ya de noche pero el bullicio de la ciudad las golpeó de frente en la cara. Gente, coches, luces de neón, nada parecido a lo que había visto Angelines con anterioridad. Su nueva compañera la cogió del brazo con confianza y empezó a caminar con aire decidido y coqueto por las calles de aquella gran ciudad. No era la primera vez que andaba por allí, eso era obvio.

Tras un rato de caminata por Trafalgar Square, Picadilly Circus y otros lugares emblemáticos que le señalaba Zoya amablemente, llegaron a un restaurante en los alrededores de Picadilly. Al entrar se produjo una transición casi mística entre el mundanal ruido exterior y la paz del salón al que acababan de llegar. El ruido paró en seco y en su lugar amenizaba una sosegada velada un señor mayor con un piano de cola. Inmediatamente les atendió un camarero uniformado que les dio una mesa para dos en un lugar discreto del salón. Según entendió Angelines, Zoya no quería ponerse en el centro del restaurante.

—Aquí estaremos cómodas, ¿no crees? —Zoya se iba desatando el nudo de la pañoleta que llevaba en el cuello y dejando el bolso en la mesa. Angelines la imitó.

—Sí —dijo sonriendo Angelines con una cara de esas que ponen los emigrantes cuando quieren agradar y no se enteran de nada.

—Y bien, ¿cómo te llamabas? ¿Angelenes?

—Angelines.

—Ese nombre es un poco complicado para mí, te llamaré...Angie. ¿Qué te han encargado?

—¿Cómo?

—Sí, ya me entiendes— miró hacia los lados asegurándose de que nadie les escuchaba.

—Ellos me han dicho que no tienes nada que ver pero a mí no me engañan.

Pero se me escapa qué misión te pueden haber encargado. ¿Es por Gibraltar? Entiendo que no, desde que terminó la guerra se desmantelaron casi todos los efectivos que había allí, así que no sé. ¿Vas a otra ciudad?

La cara de incredulidad de Angelines la delataba. Más o menos creía entender lo que decía Zoya, pero no acababa de encajar. ¿Quiénes eran todos ellos?, ¿policías?, ¿ingleses?, ¿rusos? No entendía nada.

Zoya se dio cuenta enseguida de que su interlocutora no tenía ni idea y le habló con cierto desdén cambiando de tema— ¿Entonces qué vas a tomar?

—Un agua con gas, gracias.

Llamó al camarero y pidió. Ella una copa de vino. Miró fijamente a Angelines golpeando con los dedos índice y corazón la mesa mientras parecía sopesar los pros y los contras de lo que iba a decir a continuación.

—Está bien. ¿Por qué estás aquí?. ¿Vacaciones?

—Oh, no. Tenía que irme de España por problemas personales —era la primera vez que alguien le preguntaba desde que había llegado. Simplemente Philby y Burgess o lo daban por hecho o les daba igual. Tampoco sabía si sus amigos españoles habían llamado explicando su situación.

—¿Problemas personales? Por problemas personales nadie deja su tierra...serán económicos, ¿no?

Angelines se sintió atrapada. Las preguntas directas de Zoya empezaban a agobiarla. Quería huir pero no tenía opción, empezó a contarle por qué estaba allí. —He tenido que salir corriendo. Me casé hace un año y las cosas no salieron como yo esperaba. Mi marido me encerró en casa y me maltrataba, así que un día me escapé y unos amigos me han ayudado a llegar hasta aquí.

—¿Por un hombre has huido? No tenías que haberlo permitido. Eso no se puede consentir. Mi primer marido no soportaba mi forma de vida y por eso acabó con nuestro matrimonio —puso cara irónica al hablar de él—. En cambio el segundo me entendía a la perfección y éramos casi socios, se podría decir. Compartíamos trabajo y amor, —ahí sí habló con ternura.

—¿Y dónde está? —preguntó Angelines.

Zoya se permitió unos segundos antes de responder.

—Murió hace un año.

Aunque Angelines podría haber dicho algo al respecto, prefirió mantenerse callada.

—Pero bueno... tenemos que seguir adelante los que estamos vivos. —¿Y bien? ¿Tú qué piensas hacer? ¿No habrás salido del agujero donde te tenía tu

marido para meterte en otro en Londres? ¿Has trabajado alguna vez?

—Oh, sí —la cara se le iluminaba al hablar—. Era la encargada de la tienda de las máquinas de coser Singer en mi ciudad, y daba cursos de corte y confección a las chicas. Venían de todos los puntos de la comarca y hasta inglesas que vivían en Gibraltar para aprender conmigo.

Zoya se tocó suavemente la barbilla, aunque tampoco parecía interesarle mucho lo que le estaba contando. Más bien estaba pensando en otra cosa.

—¿Qué haces tú?

—Yo soy oficial de la Sociedad de Relaciones Culturales con Países Extranjeros de mi país.

—¿Ah? Eso suena muy bien, pero debe ser difícil trabajar aquí, ¿no? Tengo entendido que los rusos y los ingleses se llevan regular, ¿es así?

—Ah no, no trabajo aquí. Sólo estoy de paso aunque he trabajado en muchos sitios. Mi primer destino fue Manchuria, en China, pero luego me he movido por casi toda Europa: Letonia, Alemania, Austria, Suecia... allí conocí a mi segundo marido y ahora vuelvo para Alemania. A veces paso largas temporadas en los sitios pero otras, como es el caso, sólo unos días o semanas.

Angelines seguía pensando en cómo buscarse la vida. — Sólo llevo aquí unos días pero ya estoy dándole vueltas a la idea de buscar un trabajo. No había salido por aquí hasta hoy pero mañana por la mañana puedo ir a preguntar por las tiendas y los restaurantes si necesitan a alguien.

—Mira Angelines, deberías optar a trabajos mejor pagados. ¿Entonces Guy no te ha dicho nada?

—Sí, bueno... pero quiero dejar de molestar al señor Burgess lo antes posible, tampoco es que tengamos mucha comunicación.

De repente, un hombre se dirigió hacia la mesa y tras un breve saludo de cabeza se puso a hablar con Zoya en ruso.

—Tenemos que irnos Angie, coge tu bolso.

Hizo caso sin preguntar y ambas salieron apresuradamente del restaurante mientras dejaban al hombre encargándose de pagar sin ni siquiera haber pedido nada para comer.

Zoya la volvió a agarrar pero esta vez con prisa. Obligándola a aligerar el paso mientras se iba cerciorando a cada momento de que nadie les perseguía. En un momento, al doblar la esquina, otro hombre tropezó con ellas a la vez que agarró con fuerza el brazo de la rusa.

—¡Corre Angie, vete de aquí!

La española, desconcertada, dudó unos segundos, pero decidió marcharse. Pronto se perdió entre el gentío por lo que al mirar atrás y no ver a nadie pasados unos minutos decidió volver y comprobar si aún seguían allí.

En la esquina donde los había dejado ya no había nadie. Se asomó discretamente por el callejón por el que habían llegado y nada. Una vez más anduvo sobre sus pasos. Allí estaban, al fondo. El hombre tenía cogida a Zoya por la nuca y le estaba mostrando algo, dándole empujones hacia adelante para hacerla hablar. Ella intentaba zafarse, pero el hombre era grande y fuerte, de casi dos metros y músculos trabajados. Luego la arrastró hacia el final de la calle donde había un coche esperando mientras ella se sacudía intentando soltarse.

Entonces Angelines, de forma instintiva, dejó su bolso en el suelo y fue hacia ellos. No tenía ningún arma así que se valió de los tacones que días atrás se había comprado en unos almacenes londinenses y los dispuso en cada una de sus manos con la afilada punta hacia ellos. Aprovechó que el que conducía el vehículo vigilaba la otra salida mientras fumaba y justo cuando el fornido individuo iba a meter a Zoya en el coche se abalanzó sobre ellos y le asestó un certero taconazo en la nuca que le hizo tambalearse. En cuestión de segundos, Zoya agarró la pistola del susodicho y le dobló el brazo con fuerza disparando a su compañero, que inmediatamente hizo ademán de coger su pistola del cinto, pero fue lo último que hizo. Después Zoya propinó una patada en los genitales al hombre.

—¿Quién te envía?

El hombre callaba. Ahora le golpeó la cabeza.

—Está bien. Dile a quien te paga que te mande de vuelta a cualquiera que sea el agujero del que has salido. No vales para esto. Te diré que mi compañera es amateur... con que imagínate.

El otro se retorció y se oía un casi imperceptible gemido pero no hablaba. Le dio una segunda patada en la cabeza asegurándose de que lo dejaba inconsciente. Le tomó el pulso en el cuello y lo zarandeó un par de veces asegurándose de que no reaccionaba.

A lo lejos se escuchaba el bullicio y aunque nadie se había acercado aún, era cuestión de minutos que alguien alertara a la policía. Zoya fue hacia el que estaba muerto y lo registró. No había nada.

—Métete en el coche.

Angelines obedeció.

Tras ella, la rusa se introdujo en el vehículo y arrancó. Paró unos metros antes de llegar al piso.

—Vete al apartamento y no salgas de allí —Zoya le dio la llave. Estaba furiosa la del Este, de muy mala hostia como dirían en su pueblo.

Sin decir esta boca es mía, Angelines bajó y se dirigió al portal. Zoya se quedó mirando, no fuese a haber alguien esperando, y tras meterse Angelines se oyó el coche arrancar y salir a toda prisa, dondequiera que fuera.

Subió rápido, pero de repente se acordó de que había dejado el bolso en el callejón. No tenía muchas cosas de valor pero sí la documentación a nombre de María Moreno, que era la amiga que le había ayudado a salir de España y que tenía los permisos para trabajar en Gibraltar. Se asustó de poder involucrarla en algo y decidió volver.

Media hora después llegó al callejón y se encontró con que la policía estaba levantando el cadáver. Miraba atenta. Vio que el bolso tampoco estaba en su sitio. Uno de los agentes se percató de ella entre los mirones y le sostuvo la mirada unos segundos. Ella la bajó y se giró para volver a casa. Esperaba que no trascendiera lo del bolso. De todas formas su amiga estaba en España ajena a todo.

Por fin llegó al apartamento, con una crisis de pánico. Tras comprobar que no había nadie escondido en los armarios ni debajo de la cama atrancó la puerta por dentro y decidió darse una ducha, con la puerta del baño abierta por si volvía Zoya y tenía que abrirle. Si pretendía relajarse sintió todo lo contrario. Se duchó rápido y se puso la combinación. Miró por la ventana. Sólo quedaba que volviese y le explicara qué era todo aquello.

Seguía recostada en el sofá cuando volvió la rusa, ya amaneciendo. Abrió la puerta tras preguntar brevemente si era ella. Se miraron a los ojos. Una pidiendo explicaciones y la otra sabiendo que sería lo que se encontraría.

—Muchas gracias —se apresuró a decir Zoya antes de que la otra abriese la boca—. Creo que me has salvado la vida.

Tras un incómodo silencio de varios segundos la española habló — ¿Quiénes eran?

—Ahora no puedo decirte nada. Ni siquiera yo estoy segura. Lo sabrás cuando llegue el momento. Hoy será mejor que descansemos en casa. Mañana tengo que acompañarte a solicitar un puesto de trabajo como secretaria.

—¿A mí? No sé nada de eso.

—Es lo que me han dicho.

La situación era tensa, extraña. Zoya se fue a la cama y Angelines se quedó en el sofá pensando en todo aquello. Estaba claro que era gente peligrosa, ¿qué podía hacer? ¿salir corriendo? ¿a dónde? Decidió seguir el juego un poco más. Al menos hasta poder escapar de esa nueva situación que la vida le había puesto por delante.

La entrañable secretaria

Llegaron a la oficina de la Asociación Británica de Investigación de Metales No Ferrosos, el BN-FMRA, para ver si podían conseguir un trabajo para Angelines. La secretaria era una mujer de unos 40 años, morena, con media melena y con cara de humilde, buena persona.

Recibió a Zoya con simpatía, al saludarla no le dio un ligero apretón de manos sino que se la aguantó con las dos, con firmeza, como dando calor. Eso no le pasó desapercibido a Angelines que esperaba detrás de ella las correspondientes presentaciones, que por otro lado no se produjeron. La secretaria las llevó directamente al despacho de dirección.

El hombre mostró un talante serio, miró el reloj, aunque atendió a las dos mujeres con amabilidad, desde el principio dejó claro que no necesitaba ninguna ayudante más en la oficina, dando a entender que con su eficiente secretaria ya tenía bastante. Más por quedar bien que otra cosa, le dijo que llamara a la oficina regularmente y que si le hacía falta se lo haría saber, y mientras tanto fuese aprendiendo a escribir a máquina y rápido, que eso le abriría muchas puertas. Cuando salieron se volvieron a encontrar con la secretaria.

—Nada, no le hace falta nadie más. Por lo visto contigo tiene de sobra — le dijo Zoya a la secretaria. A Angelines le pareció algo maleducado y directo el comentario, si no fuese porque el saludo anterior ya le había puesto en alerta.

Se fueron directamente y la rusa parecía molesta. No entendía Angelines tanto interés en que trabajara. Cogieron un taxi.

—No te preocupes Zoya, donde yo tengo que buscar trabajo es más bien en las tiendas o los talleres de costura. Es lo que yo sé hacer y donde me he ganado siempre la vida.

Zoya miraba por la ventana pensativa y tenía el puño cerrado apoyado en su muslo, pero contraído con tensión, encolerizada. Estaba claro que le había sentado mal que no admitieran allí a la española.

—Habrás que buscar otro sitio.

—Sí, no te preocupes, algún día encontraré trabajo.

—No Angie, no vale un trabajo cualquiera. ¿No entiendes? —este comentario lo acompañó de una mirada al cogote del taxista, haciendo ver que no era conveniente que hablaran más de este tema—. En fin, ya pensaré mañana.

Angelines optó por no decir nada. Se acomodó en el asiento y giró la cabeza hacia el otro lado del paisaje. Ya estaban adentrándose en el centro de Londres, el tráfico y la gente se notaban. Era un no parar.

Llegaron al apartamento y Zoya puso de mala gana el bolso en el perchero. Sacó de él su pitillera y se fue a la cocina, donde se echó el dedo de Vodka que quedaba allí sin tocar desde que a Burgess se le olvidó que le quedaba un trago. Luego se fue con todo al salón y se preparó un cigarro.

Angelines decidió no molestarla. Estaba nerviosa, así que se fue a la habitación y se sentó en la cama juntando las manos sin saber muy bien qué hacer. Cuántas situaciones extrañas en tan poco tiempo. Decidió ir al mueble del salón por alguno de los libros que había allí. Pasó por delante de la rusa. Ésta seguía fumando y saboreando el Vodka.

Los libros estaban colocados en un lateral del mueble puestos en vertical. Eran novelas de Ágata Christie. Cogió dos de ellos y miró los títulos: 'La muerte de Roger Ackroyd' y 'N o M ', ojeó el primero.

—¿Sabes quién es la escritora?

—No.

—¡Qué poco sabes de las cosas! —dijo Zoya con aire casi ofensivo.

—Puede ser, pero aprendo —Angelines la miró fijamente y la retó en cierta manera con sus palabras. Otra cosa no, pero ya había sufrido bastante en la vida y había hecho enormidades, como fugarse a Inglaterra y salvar a la rusa cuando intentaban llevársela en un coche, como para dejarse intimidar por el enfado de la otra. Ya estaba harta de ser una protegida.

Zoya pareció seguir su misma secuencia de pensamiento porque bajó el tono y lo suavizó casi inmediatamente.

La miró con curiosidad, como maravillada de la chiquilla.

—Anda, ven aquí —la invitó a sentarse con ella en el sofá—. Ágata Christie es una escritora de novelas de misterio. Muy famosa, sobre todo aquí en Inglaterra, pero se la conoce en todo el mundo, y por lo visto tiene mucho carácter. ¿Sabes? su primer marido se enamoró de otra mujer y ella en represalia fingió su propia desaparición. Dejó su coche por ahí, abandonado en el campo y después de que estuvieron buscándola por los alrededores, pensando que iba a aparecer asesinada, como en alguna de sus novelas, la encontraron a los pocos días tranquilamente en un hotel a cuatrocientos kilómetros, aunque nunca lo ha reconocido. Ella dijo que no recordaba nada y que habría sido una amnesia temporal. Yo creo que es mentira. Me lo contó un

militar que conocí en una recepción, ahora no recuerdo si era en Austria. Ella estaba allí también porque iba de camino a Siria y todo el mundo se le acercaba para hablarle de sus novelas. Su actual marido es arqueólogo y ella le acompaña en todos los viajes. Es una señora muy normal. Deberías conocerla, todo el mundo la conoce.

—Está bien. Me leeré estos libros y así mejoraré el inglés y te preguntaré lo que no entienda.

—Me parece estupendo. Sólo que no creo que me puedas preguntar nada. Me voy pronto para Centroeuropa, ya sabes que estoy de paso.

—¿Cuándo te vas?

—En un par de días. Lo que pasa es que quería dejarte trabajando antes de irme, pero las cosas se están complicando.

—No te preocupes por mí. Ya me buscaré la vida.

Zoya le acarició el pelo con aire maternal.

—No lo entiendes. Te vamos a dar un trabajo nosotros. Tendrás que pasar información a otras personas en el sitio en el que trabajes y ya está.

La despedida

Zoya había dejado temprano su maleta en la puerta del apartamento, aunque no se iría hasta bien entrada la tarde. Según le había dicho a Angelines la vendrían a recoger sobre las seis así que saldrían a comer fuera, y le presentaría al que sería su nuevo contacto y con el que realizaría su primera misión en la organización para la que trabajaban sus nuevas amigas.

Aunque lo asumía con soltura, estaba triste. Desde que había llegado, era la tercera vez en tan poco tiempo que tenía que empezar de cero. Relacionarse nuevamente con caras desconocidas. Las dos primeras veces, con Philby y Burgess y luego con Zoya, no es que le hubiese ido mal; es más, con la mujer podría decirse que era algo parecido a una amiga. Pero le inquietaba dar con alguien con quien no se entendiera, y más en esta etapa que había comenzado, pues esta nueva situación la ponía en peligro constante. Todos estos miedos se los contó a Zoya antes de salir al encuentro de su nuevo contacto. Ésta la cogió de las manos y la acercó hacia sí hablándole con ternura.

—Preciosa. Lo primero que tienes que aprender es que estás sola. No te fíes de nadie. Ni siquiera de mí —le apretó la mano negando con el gesto lo que acababa de decir—. Y sobre todo no te dejes embaucar por esos ineptos que se dicen llamar espías. Te aseguro que caerán mucho antes que nosotras. Aléjate de ellos, que se olviden de ti o llegado el momento te delatarán. Sé que no es fácil, pero intenta poner tus límites y no te dejes avasallar por el primer tirano que aparezca, que los hay. ¿De acuerdo? —le tocaba la cara suavemente mientras le hablaba con dulzura. Una tierna sonrisa se dibujó en su cara. Angelines no sabría decir si era aprecio o compasión.

—Zoya,—quería resolver todas sus dudas antes de que se fuera la rusa. No sabría si alguna vez volverían a tener la oportunidad de abrir mutuamente su corazón de esa manera—. El otro día comentaste que a lo mejor me daban trabajos de cisne, ¿no?. ¿Entendí bien? ¿Qué es eso?

La miró fijamente unos segundos antes de contestar— Imagino que empezarás por ahí, que es por donde empezamos todas. Así se llama a las agentes que tienen que seducir a personajes importantes a fin de obtener información. Y tú eres joven y guapa, por lo que es posible que alguno de estos primeros trabajos vayan por ahí. No te niegues, si es el caso, pero deja claro que no te gusta. Si te consideran valiosa puede que no te den más

trabajos de ese tipo. Yo tuve suerte. Me mandaron a Ginebra a seducir a un general alemán. Tenía yo veintiuno o veintidós años y me enfadé muchísimo. Dije que después de hacer tal despropósito me mataría. Luego no me mandaron más trabajos de ese tipo. Imagino que porque vieron que era competente y eficaz y podía ser más valiosa como trabajadora diplomática que como amante. Busca tu sitio y hazte imprescindible. No hay más. Aún así siempre te menospreciarán creyéndose ellos que son los reyes del mundo y no harán caso de tu información. Muchas veces he dado información trascendente, especialmente en la guerra, y la han ignorado completamente. Al principio me enfadaba y no veía ningún sentido a mi trabajo. Me sentía furiosa con todos y no entendía por qué me tenían allí. Luego me fui convenciendo de que me tenía que dar igual. Tengo que ganarme la vida y ya está y al final, mira, saben que no pueden prescindir de mí y que han metido la pata muchas veces. Pero nunca lo reconocerán.

—He intentado por todos los medios que tuvieses un trabajo administrativo desde el principio pero no ha podido ser. Si tienes algún problema habla con alguna de las chicas, ellas te aconsejarán. Nunca con ellos.

—Muchísimas gracias —la española abrazó a la rusa, mientras pensó en cuán entregada estaba y el dolor contenido que debía sentir por lo de su marido.

—Ya verás como todo irá bien— le dio un golpecito en el muslo, instándola a levantarse del sofá—. Ah, y sobre todo, ten ojos en la espalda. No olvides esa visión periférica. A partir de ahora serás también presa. Si te descubren querrán sonsacarte por todos lados. Ve siempre dos pasos por delante de la situación. Predecir el futuro te ayudará a mantenerte con vida. Te guste o no.

Llegaron al restaurante pasado el mediodía. Estaba abarrotado de personas de clase alta. Casi todos eran hombres, salvo alguna que otra pareja acaramelada después de pasar la noche en el hotel. Poco matrimonio veía Angelines allí. Más bien relaciones pasajeras, amantes ocasionales, evadiendo su rutinaria vida en unos días de hotel. Se sentaron en la mesa para tres que tenían reservada y pidieron dos copas de vino, tinto para Angelines y blanco seco para la rusa. Ésta última sacó su pitillera y se dispuso a prepararse el cigarro en su boquilla.

—Esto es para ti —sacó de su bolso otra igual para ella—, veo que no

fumas, pero acabarás haciéndolo.

Era una pitillera en plata con su boquilla negra y todos los condimentos dentro, muy bonita.

—Es preciosa. Gracias. Así siempre te tendré presente.

Zoya no dijo nada. Hizo otra mueca de sonrisa, que nuevamente podría confundirse entre ternura y compasión.

Pasó una media hora antes de que llegara el contacto.

—Señoras —el hombre saludó con un toque de su mano en la sien, al modo militar.

A continuación les dio la mano a ambas con efusividad y se sentó, no antes de hacer un gesto al camarero al que pidió un *hot toddy*.

Bradley McDill, así se llamaba, al menos para Angelines, era un apuesto escocés de su misma edad. Alto, de pelo castaño, casi tirando a caoba y penetrantes ojos azules. Le sobrecogió la idea de tener que trabajar con alguien de su edad. Hasta ahora todos eran más mayores, y ella se sentía alumna entre tanto maestro pero, por primera vez desde que había llegado, iba a relacionarse con alguien de su generación.

Cuando el camarero trajo el licor, le instó también a traer la carta. Especialmente porque Zoya tenía que estar a las seis en el apartamento y quería llegar con tiempo.

Pidieron carne las dos mujeres y pescado el caballero. Una vez terminaron con la elección del almuerzo y se retiró el camarero, empezaron a hablar con tranquilidad.

—Bueno, entonces ésta es la cuestión —la rusa hablaba al escocés—. Me han comunicado que tengas a Angelines lista en un par de semanas, tres a lo sumo. ¿Podrás hacerlo?

—Qué remedio —puso cara de no tener otra opción.

—Debéis veros todos los días en la dirección que luego te daré para no despertar sospechas. ¿De acuerdo? Y una vez que hayáis terminado el entrenamiento tienes que contactar con Svetlana para que te dé los datos. Cualquier duda, ella es tu referencia. Por mi parte no hay más que decir.

—Todo claro —dijo secamente el escocés.

No volvieron a hablar en toda la comida de nada relacionado con aquello. Sólo de cosas triviales y temas de actualidad de la prensa amarilla. Bradley y Angelines cruzaban miradas de vez en cuando. Analizándose. A partir de ahora estaban condenados a verse a diario, al menos durante las próximas semanas.

Las dos mujeres volvieron al apartamento. No pasó ni media hora cuando llamaron a la puerta y apareció un hombre que aparentemente era un conductor de taxi. Aunque quizás no lo era —pensó Angelines.

Zoya cogió su abrigo mientras el hombre hacía lo propio con la maleta.

—Bueno, preciosa—hasta aquí ha llegado nuestra aventura juntas, le cogió las manos con afecto.

—No digas eso, nos veremos la próxima vez que vengas o a lo mejor tengo yo que ir donde estés.

—Sí, podría ser —la miró sabedora de que a partir de aquel momento la inocencia de Angelines cambiaría para siempre.

La abrazó y le susurró al oído para que no se enterara el hombre que esperaba en la puerta. —Espero que no, eso significaría que me encuentro en mi casa de Moscú escribiendo libros para niños.

Cuando se cerró la puerta, Angelines se vio nuevamente sola en aquel apartamento de Londres. Sintió que empezaba de nuevo. Se acordó de que tenía en el bolso la pitillera y decidió investigarla a ver cómo funcionaba todo aquello. Al abrirla se dio cuenta que estaba grabada por dentro, en la hoja superior ponía “Je suis prêt”.

El té

Llamaron a la puerta, y Zoya, que estaba en el baño, preguntó a Angelines si podía abrir, despreocupada. La española se extrañó, no le había dicho que esperaba a nadie pero como lo había dado por hecho fue a abrir. Angelines se encontraba en ese momento escribiendo en su diario algunas cosas sobre la comida en Inglaterra. Ya le había dicho Zoya que no se le ocurriera escribir nada de ellos, como si no existiesen, ni de lo que hacían, o ella pensaba que hacían, ni dónde estaban, así que escribía cosas que le llamaban la atención sobre Londres, la gente, lugares emblemáticos y cosas así. Estaba escribiendo hoy sobre comida, y como escribía en español, cuando abrió la puerta todavía no había cambiado el modo castellano de su cerebro.

Cuál fue su sorpresa al encontrar allí a la secretaria de la oficina que habían visitado el día anterior.

—Hola —dijo en español, sorprendida.

—¿Hola? —preguntó la mujer imitando la palabra que acababa de pronunciar la otra.

—Quiero decir Hello! —dijo Angelines rectificando ya al inglés.

En ese momento salía Zoya del baño en albornoz.

—Me alegro de verte, Letti, ya tranquilas por fin—. Le dio un efusivo abrazo.

Angelines no dejaba de sorprenderse cada día.

—Mira Letti, esta es Angelines, española. Ayer no te la pude presentar correctamente con tanto lío.

—Hola —dijo graciosamente la inglesa en español, repitiendo lo que le había dicho a la entrada, mientras le daba un apretón de manos.

—Angelines está ahora en fase de prueba —dijo—. Quizá para ser un “cisne”. Aún no sabemos. Pavel me ha encargado que te felicite personalmente. Dice que los de arriba están muy satisfechos con tus servicios. Gracias a ellos pudimos entrar en el Consejo Atómico este mismo año —a la vez, la tal Letti entregaba un sobre a Zoya que metió en la habitación mientras continuaba hablando—. En un par de días tengo que volver a Viena. ¿Qué te parece si quedamos con Svetlana para ponernos un poco al día antes de que me vaya? Algo informal que no llame la atención. Mañana para tomar el té.

—Sí, a mí me parece estupendo —dijo Letti—. Pero no por mi barrio. Mejor nos quedamos por el centro, que pasaremos más desapercibidas.

—¿Podréis avisar a Úrsula?

—¿Todas juntas? ¿No será muy arriesgado? —dudó Letti.

—Yo creo que nunca vamos a tener otra oportunidad. Las cosas cada vez están más complicadas— afirmó Zoya.

—Por eso te lo digo.

—Mira, chica, quedamos y lo que tenga que ser será. Una reunión de mujeres como otra cualquiera. En un bar concurrido, a la vista de todos— ¿Qué dices, Angie?, ¿te apuntas? —se lo preguntó sin mirar a Letti, que puso cara de incredulidad.

Dudó un momento. Parecía que todas se conocían y ella no entendía nada. Le pudo la curiosidad para aceptar.

Quedaron para tomar el té en un hotel del centro, el Grosvenor. Angelines y Zoya fueron las primeras en llegar y un rato después apareció Letti. Luego llegó la tal Svetlana y por último Úrsula, todas de países del Este pero que hablaban muy buen inglés. Úrsula se disculpó por el retraso a causa de los niños.

Se saludaron efusivamente, como si fueran viejas amigas. Svetlana, Úrsula y Zoya intercambiaron algunas cariñosas palabras en alguna lengua eslava, desconocida para Angelines y luego se sentaron todas a la mesa hablando en inglés. La primera era rubia y grande, de espalda ancha y cara mofletuda pero bonita, más o menos el estereotipo que Angelines tenía de una mujer de esos países. Úrsula era morena, como Zoya, menuda, de ojos vivarachos y rápidos de movimientos. Era alemana de origen pero británica por matrimonio. Le dio la impresión desde el principio de que era alguien importante en la organización.

—Ésta es Angie. Vino con “Stanley” —remarcó las comillas con los dedos—, pero fue Burgess el que se encargó de llevarla a la guarida. Creo que el otro ha vuelto a Turquía y éste ha ido detrás. Menos mal, porque estaba insolente desde que no tenía el apartamento sólo para él.

—¿Te falta el respeto?

—No, qué va, he estado solamente unos días. Pero ella —señaló a Angelines—, lleva más tiempo más que yo y claro, al hombre se le veía en la cara que estaba que trinaba. Ya sabéis, su nidito se ha llenado de arpías.

Rieron a la vez.

—Yo creo que está enamorado del periodista, no puede estar sin él —dijo Svetlana riéndose con sarcasmo.

La tres rieron de nuevo, la inglesa más prudentemente y Angelines que no

tenía ni idea de nada sólo sonrió.

Zoya se acordó de que estaba al margen y le explicó.

—Es que a Burgess le gustan los hombres —le aclaró flojito para que nadie de alrededor se enterara fuera de su mesa—, y decimos que está enamorado de Philby porque va detrás como un perrito faldero.

—Bueno, —hablaba Svetlana—, yo en realidad lo que creo es que Kim le va solventando los problemas dondequiera que va, porque a mí también se me ha insinuado alguna vez. Yo creo que es bisexual, no sé, también hay rumores de que tontea con la secretaria, y amante, de Philby. Lo único que tengo claro es que es un desastre, no entiendo cómo pueden trabajar con nosotros, sobre todo él —encogió los hombros mientras negaba con la cabeza—. No os he contado la que lió con unos papeles que me tenía que entregar para traducir.

—Svetlana es traductora de inglés a ruso —aclaró Zoya a Angelines.

—Resulta que quedamos en un pub para que me diera precisamente algunos informes que completaban lo que había aportado Letti —miró a ésta que sonreía—, y como viene siendo habitual, cuando yo llegué estaba totalmente ebrio. Y no sólo eso. Nada más entrar, me encuentro un tumulto de gente y resulta que con la borrachera se le habían caído todos los documentos al suelo y la gente le estaba ayudando a recogerlos.

Zoya y Letti miraban perplejas. Úrsula escéptica.

—¿En serio? —preguntó la secretaria.

—Como te lo digo. Cuando llegué me puse a recoger también y él sólo decía “lo siento”, no sé qué ha pasado. Como que no me quedé ni siquiera a tomar algo. Cogí los papeles y me fui. ¡Hay que ser torpe!. Menos mal que a nadie le dio por mirar de qué iban los papeles. Si alguien llega a coger uno y lo entrega, esta reunión sería hoy en la cárcel de Holloway.

—No es que sea torpe —argumentó Zoya mientras sacaba su pitillera—, es que es un alcohólico y ya se sabe. Lo que no entiendo es cómo está todavía con nosotros.

—Está claro, es por Philby —afirmó Úrsula que hasta el momento apenas había hablado. Sólo escuchaba atenta—. Es él quien le pone el colchón siempre que mete la pata.

—Bueno, chicas, por suerte estarán un buen tiempo fuera de Inglaterra, así que no tenemos que resentirnos más de la falta de organización y gestión de estos hombres.

Svetlana se miraba las uñas despreocupada mientras hablaba.

—No te creas. Yo también estoy preocupada con mi contacto en el Centro de Investigación Atómica —ahora era Úrsula la que arremetía contra un compañero—. Es muy inseguro y taciturno y lo que más me pone de los nervios es que es desesperantemente lento en todo lo que hace. El hombre será un genio físico y nuclear pero como un día lo cojan, os digo yo que canta a la primera, y Letti y yo vamos directas a Curzon Street y de ahí a prisión.

—Desde luego nosotras lo hacemos mucho mejor que ellos —dijo la afable Letti como pensando para sí—. Yo no me preocupo de que nos descubran, sino de que alguno de éstos nos delate, y veo que a vosotras también.

—Eso es así. A mí me han informado desde Moscú que a alguno lo tiene el MI5 bajo sospecha — afirmó Zoya—. Así que tened mucho cuidado con los que están aquí. Los otros dos se olvidarán de nosotras, al menos en el corto plazo, pero los que se quedan pueden cantar como canarios.

—¿Y tu dónde vas ahora, Zoya? —preguntó Úrsula.

—Vuelvo a Praga. Y espero que ésta sea una de mis últimas misiones.

Las demás la miraron sorprendidas.

—No me apetece volver después de lo que pasó con mi marido.

—Lo entiendo —dijo Letti—, por eso yo tengo al mío totalmente al margen. Los jefes pueden llegar a ser peligrosos.

—Pero, ¿has sabido algo más? —preguntó Svetlana con preocupación.

—No, qué va. Me denegaron el permiso para investigar por mi cuenta. Incluso tuve un altercado a mi llegada a Londres que puede que tuviese algo que ver con todo esto — miró a Angelines de soslayo.

Angelines escuchaba interesada pero tampoco quería parecer una cotilla. Le dio la impresión de que Úrsula podía saber algo.

—Todo apunta a que tienen algo que ver los de Moscú— Svetlana estaba convencida.

—Sí, bueno —continúo Zoya—, hace ya unos meses que decidí no torturarme más. Lo único que me queda es seguir trabajando hasta que lo pueda dejar y ya está. ¿Y sabéis que?

Todas miraron expectantes.

—En cuanto deje este trabajo, quiero ser escritora de cuentos infantiles.

Svetlana hizo una mueca como de extrañeza, sorprendida, pero Letti se emocionó. —¡Oh, eso es maravilloso y a ti te pega un montón! Ojalá mis hijos fueran pequeños de nuevo para poder comprarles tus libros. ¿Has escrito algo

ya?

—Bueno, no mucho —dijo sonriente. Tengo un cuadernillo donde voy apuntando algunas ideas. Ya os lo enseñaré cuando vuelva por aquí. Úrsula, por favor, no digas nada a Moscú.

Ésta se había mantenido callada sin ningún tipo de sentimiento en relación al comentario que se pudiera traslucir al respecto. —Seré una tumba —fue lo único que dijo.

Al llegar a la casa ambas se ducharon y se pusieron el camisón. Zoya se preparó un sandwich de mermelada y jamón y Angelines se calentó un vaso de leche porque no tenía hambre. El piscochis del restaurante había sido suficiente para ella.

—¿Qué le pasó a tu marido? —le preguntó de sopetón.
Zoya la miró mal, pero al cabo de unos segundos reaccionó.

—¿Quieres la versión oficial o la verdadera?

—La que tú quieras contarme. Sonrió mientras acurrucaba entre sus manos el vaso de leche para darse calor y la miraba atenta.

—Oficialmente murió en un accidente de coche en Praga hace dos años. Según creo yo fue asesinado porque empezaba a molestarles demasiado.

—¿A quién?

—A todos. Boris nunca se callaba y les decía a todos lo que pensaba, de las misiones, de ellos, él no se escondía. Especialmente le ponía de los nervios que ignoraran mis mensajes, como una vez que alerté de la evacuación de la embajada alemana y me ignoraron completamente. Eso él lo llevaba muy mal y llamaba a los jefes y les decía las verdades, sin importarle si las líneas podían estar intervenidas. Ser impulsivo es lo que lo mató.

Sonreía mientras se lo contaba, recordando con simpatía “esas cosillas” de su marido.

—Al principio yo pensé que habían sido los enemigos, el MI5 o los americanos, pero cuando solicité investigar el accidente por mi cuenta y me lo denegaron empecé a sospechar que habían sido los nuestros. Ataba cada vez más cabos y hoy por hoy no me queda ninguna duda de que fueron ellos.

—¿Me puedes explicar claro de qué va todo esto? —preguntó Angelines con determinación.

Zoya volvió a posar esa mirada fija en ella pero esta vez se vislumbraba algo de orgullo, de que no se había equivocado al pensar que la española podía ser válida para unirse a la causa.

—Trabajamos para la Unión Soviética, preciosa. Hacemos labores de investigación sobre los trabajos que hacen ingleses y americanos que los podrían poner por delante en armamento en caso de una posible guerra, para así tener ventaja. Cuando empezamos, más o menos todos —se quedó pensando por si se le escapaba alguien— fue durante la segunda guerra mundial. Espionaje alemán. Pero cuando ésta terminó empezó una nueva guerra entre Oriente y Occidente, comunismo y capitalismo que, si no me equivoco, cuando finalmente estalle será peor que la anterior.

—No entiendo. ¿Pero, qué quiere el comunismo?

—Nosotros estamos aquí para luchar por la igualdad social. No creemos en el capitalismo. Todo el mundo debe ser igual los unos a los otros y tener las mismas condiciones y oportunidades.

—Sí, eso está muy bien. Pero en la Unión Soviética, ¿es realmente así?

—Claro.

—Pues yo no entiendo mucho —dijo humildemente Angelines—, pero yo veo al Stalin ese que os gobierna como Franco en España.

—No, no es así. La revolución necesita un periodo de guía hasta que lleguemos donde queremos. Si algún día nos volvemos a ver te dejaré un libro que te lo aclarará todo. De todos modos la persona que vendrá mañana, te irá enseñando todo esto y verás como es la opción más acertada.

Angelines asentía pero en su fuero interno todo aquello le parecía contradictorio. Acababa de hablar de lo que le había pasado a su marido y sus sospechas, pero seguía defendiendo aquello. Si fuese ella, ya habría desertado. Ni siquiera pensaba que Zoya lo hubiese analizado detenidamente. Obviamente, no le interesaba, a nivel emocional y psicológico, renunciar a todo aquello que había sido la base de su vida, o se deprimiría. En eso, Angelines estaba por encima. No iba a entrar en esa organización, o lo que quiera que fuese, por ideología, sino por supervivencia. Lo que sí le quedaba claro era que la mayoría de las veces había que disimular y asentir. La diferencia era que en este nuevo rumbo que tomaba su vida, en vez de una bronca del encargado, el no hacer eso podía ser la diferencia entre seguir viva o no. Había tomado nota.

—¿Recuerdas lo que te dije de pasar información? Eso es lo que hace Letti en su trabajo. Pasa la información a Úrsula, y ya está. Por eso fuimos a ver si podías trabajar allí. Hemos sabido que a Letti la tienen un poco vigilada y nos hacía falta alguien más por si la acaban descubriendo. Por ahora se maneja

bastante bien, y eso que ha pasado información de vital importancia para Rusia. Aunque sospechan, no le han encontrado nada. Como dijeron las chicas, son bastante más precavidas que los hombres. Esperemos que lo tuyo se solucione en un par de días.

—Pues sí, me gustaría empezar a trabajar cuanto antes.

SEGUNDA PARTE

Work in progress

El primer día de lo que se preveía que serían intensas semanas, la recogió un coche a las cinco de la mañana y la llevaron a un polígono a las afueras de la ciudad. Allí la esperaba Bradley apoyado en un coche oscuro mientras fumaba un cigarro. Tiró la colilla al suelo y fue hacia ella, dándole un apretón de manos.

Entraron a una nave de lo que en principio parecía un taller y lavado para coches. Había varios taxis y algún vehículo particular también y tras pasar una pequeña zona de oficina llegaron a una sala de entrenamiento. Un gimnasio con ring incluido.

Angelines se sobresaltó. No esperaba que esa fuese la clase de entrenamiento ni llevaba ropa adecuada.

—Perdona Bradley, pero no voy adecuadamente vestida para esto.

—Sí, era predecible —dijo con tono jocoso. Fue hacia una taquilla que había por detrás del ring y sacó unas calzonas y una sudadera perfectamente dobladas y se las entregó.

—Póntelo.

Miró a su alrededor buscando un cuarto de baño o casetilla para poder resguardarse de la mirada del hombre. Él la observaba divertido. Ella por su parte le miraba esperando algún tipo de comentario al respecto.

—Perdona, madam. Pero no tenemos todo el día— fue lo único que dijo.

—¿Dónde puedo cambiarme?

—Donde quieras —tal cual lo dijo, se sentó en un lateral del ring y cruzó los brazos a modo de impaciente espera.

La mujer se fue finalmente detrás de una máquina de ejercicios y se dispuso a ponerse aquella ropa. Desde donde estaba Bradley podía ver la mitad de su cuerpo que sobresalía de donde se había intentado esconder. Vio que llevaba una combinación color crema que se quitó tras ponerse los pantalones de sport dejando a la vista el sostén del mismo color, un poco anticuado para lo que él estaba acostumbrado.

Se puso la sudadera someramente por lo que volvió al centro de la sala algo encogida por el frío.

—Muy bien, señorita española —dio dos fuertes palmadas para ponerla en marcha, dando por inaugurada la sesión de entrenamiento, o lo que quiera que

fuese aquello—. Tenemos muy poco tiempo antes de la primera misión. Sólo tres semanas, así que lo que vamos a hacer es lo siguiente: Todas las mañanas tendremos un acondicionamiento físico durante tres horas y después de comer haremos un poco de teoría. Lo que más me interesa es el físico, puesto que es ahí donde está la diferencia entre la huida y la muerte. ¿De acuerdo?

—Sí —afirmó tímidamente con la cabeza.

—Sí, Bradley —dijo con tal fuerza el entrenador que le hizo dar un brinco del susto.

De repente, miró la puerta que daba a la salida del taller. Quería irse corriendo, se veía absurda. No sabía qué hacía allí. En medio de una zona industrial, vestida así, haciendo aquello y con un estúpido gritándole con aires de superioridad. Y tenía que confiar porque no tenía otra cosa.

Cuando llegó a casa se tomó un vaso de leche y le dio por pensar si todo aquello no sería una farsa, que simplemente la estuvieran utilizando como conejillo de indias y que iba a ser una víctima en aquella supuesta misión que tenían en unas semanas. Qué más daba. Nadie sabía allí de su existencia y a nadie le importaba. Este pensamiento la dejó por un momento en situación de pánico. El miedo la paralizó y la angustia recorrió su pecho. Estuvo en duermevela más tiempo de lo previsto, se despertaba en medio de angustiosas pesadillas y tenía alucinaciones como si hubiese personas en la habitación, escondidas u observándola. Era miedo. Finalmente se quedó dormida con la luz encendida y poco tiempo después sonó el despertador a las cinco de la mañana. No sólo no había dormido en condiciones sino que además le dolían todos los músculos del cuerpo.

El estreno

El coche paró en la puerta principal. Bradley y Angelines se bajaron elegantemente vestidos, ella con un vestido de raso y él con un traje inglés a medida encargado en Savile Row, calle famosa de Londres por agrupar las mejores sastrerías para hombres del país. Después de las tres semanas de duro entrenamiento, el momento había llegado. La misión de la española era seducir a un tal Bedrich Starikovich y averiguar en qué bando estaba. Intentar sonsacarle entre coqueteos a qué jugaba, si era pro-soviético o se había vendido a Occidente, tal y como sospechaban en Moscú. Nada nuevo y nada que un espía ducho en esos juegos no pudiese sospechar, pensaba Angelines. No era una misión importante, era una especie de prueba. Una especie de práctica para romper el hielo. No tenía por qué ponerse nerviosa. Se había mentalizado.

Entraron juntos del brazo y una vez en el salón principal en el que tenía lugar la recepción, se acercó a ellos un apuesto hombre, también acompañado de una mujer.

—Estimado señor McDill, que alegría verle —estrechó el caballero fuertemente la mano del escocés.

—Lo mismo digo señor Jasper. Hacía tiempo que no venía por Inglaterra, ¿me equivoco?

—*Tuché* señor McDill. Hacía dos años que no estaba en la capital. De hecho estoy sólo unos días y justo ha coincidido con la invitación del cónsul.

—Qué casualidad —dijo Bradley—. Mira, esta es Angelines Gómez, una prima lejana de España. Este es el señor Thomas Jasper, vive entre Inglaterra y la India, a medio camino entre el Gobierno y el comercio.

—Encantado —dijo el tal Thomas y le besó cortésmente la mano—. ¿Nos conocemos?

Angelines le miró fijamente y reconoció que le resultaba extrañamente familiar, tras unos segundos contestó—. No creo, señor Jasper, hace poco que yo he venido de España.

—No me ha presentado a su acompañante —sentenció Bradley.

—Ah, sí. Esta es Samantha Jaspe. Una prima lejana de Siria —Angelines percibió cierta sorna en dicha afirmación.

Enseguida se acercaron dos personas más a saludar a Bradley, que resultaron ser dos importantes veteranos de la segunda guerra mundial. Tras

las correspondientes presentaciones, el hombre y su prima de Siria se retiraron y Angelines aprovechó la coyuntura para echar una ojeada alrededor. Apreció la diversidad de identidades que había en aquel espacio entre ingleses de pro, británicos en su más amplio espectro colonial, personas con rasgos de Europa del Este y de más allá, de Rusia. Todos se fundían en aquella extraña recepción y posiblemente todos tenían algo que ocultar.

Vio al que se llamaba Thomas, que se disponía a servirse un poco más de bebida en uno de los puntos destinados a ese fin. Se dirigió hacia él. Cuando llegó a su posición le ofreció su copa vacía para que pidiese que se la llenaran también.

—Yo te he visto antes en España —sentenció Angelines sin titubeos.

—Puede ser, viaje por todo el mundo.

En esto llegó la prima lejana de Oriente y se unió a ellos.

—Cuánta gente ha venido —comentó para abrir la conversación. Thomas mientras tanto se retiró unos metros y fue a solicitar a una de las camareras que llenara las copas.

—¿Y vive en Londres? —preguntó Angelines.

—Sí. Llevo ya tres años.

—¿Y no echa de menos su país?

—Oh, sí. Damasco es maravilloso, y además está mi familia, pero mi prometido tenía que volver a Inglaterra cuando terminó la guerra. Tras casarnos precipitadamente nos venimos para acá.

—Pero , ¿su marido no ha venido?

—No, es que él es militar y ahora está en alguna misión en Irlanda. Va y viene pero hasta que no se licencie definitivamente es mejor que yo me quede aquí antes que estar con la maleta por todo el Imperio.

—Sí, realmente suena sensato. ¿Entonces su primo también es de allí?

—¡Oh, no! él es de la India, de hecho es anglo hindú. El primo de mi padre se casó con su sirvienta india. Imagínese, fue un escándalo en mi familia, pero a día de hoy siguen felizmente casados. Después de Thomas tuvieron cuatro hijos más.

—¡Vaya! —exclamó efusivamente Angelines. Aparentemente era su verdadera prima, o el rol lo tenían perfectamente planificado. Justo llegó Thomas con las dos copas, una para Angelines.

En ese momento, vio que Bradley a lo lejos le hacía una señal para que se acercara a él. Se disculpó con la dama de Siria y fue hacia él. Charlaba con

dos hombres, que no eran los mismos con los que le había dejado.

—Mira, Angelines, estos son Jeff Johnsson y Bedrich Starikovich, ambos son funcionarios de la embajada. Esta es mi prima Angelines, se ha criado en España.

—Encantada — los dos hombres le besaron la mano.

—Mire, Jeff —le quiero presentar a un compatriota que creo que nos es familiar a los dos. Ambos hemos vivido en la India. Enseguida volvemos — guiñó un ojo a “su prima” y la dejó sola con el tal Bedrich.

—Y usted con ese nombre tan exótico, ¿de dónde es?

—Pues mi padre es checoslovaco, pero mi madre es inglesa. Él fue el que se empeñó en ponerme el nombre de un importante tío mío en mi país de origen, pero si le digo la verdad nunca he puesto un pie allí. ¿Y usted viene de España?

—Sí, llevo poco tiempo en Londres, pero la verdad es que me gusta.

—¿Y por qué ha venido?

Angelines se quedó un momento en blanco sin saber qué decir —Pues ya sabe usted —dijo después de un ligero titubeo—, la situación en mi país es complicada.

—Sí, no me extraña. Yo me hubiera ido mucho antes. ¿Le apetece salir al jardín?

Así, sin más. A Angelines le pareció muy precipitado, pero como era lo que tenía que hacer, aceptó inmediatamente. En ningún momento sospechó lo que iba a pasar.

Notaba como le latía la sangre en la sien mientras agarraba sudorosa al hombre por la espalda y le apoyaba con fuerza la rodilla en el costado totalmente en tensión. Él se había sacudido un par de veces pero ya estaba totalmente inmóvil y sangraba un poco por la nariz. A ella sobre todo le dolía el pómulo del mismo lado donde le latía la sien y tenía mucho calor en esa zona.

Bradley no aparecía por ningún lado. Todo había pasado fuera, en los jardines, pero se suponía que su instructor estaba vigilando en esta primera misión. Como no sabía qué hacer con el hombre para salir de la situación, optó por dejarlo inconsciente dándole un fuerte golpe en la nuca ayudada por su tacón. El hombre tenía la cara directamente en el suelo, boca abajo. Comprobó que respiraba y miró alrededor pensando en dónde podía poner el cuerpo inconsciente al menos hasta que encontrara a Bradley y pudiese salir

de allí. Lo llevó a duras penas detrás de un bancal cercano donde había un arbusto, y lo intentó meter dentro. No se fiaba de dejarlo detrás por si pasaba alguien. Pero no podía levantarlo hacia el bancal. Finalmente lo dejó allí detrás de una pequeña rotonda esperando que nadie lo viera hasta que despertase por sí mismo, o acabara de morir. Tenía que encontrar al escocés para ver lo que iban a hacer con él. No podía presentarse en la fiesta de esa guisa, con el jirón que se había hecho en el vestido y el pómulo amoratado. Un desastre. Anduvo por el camino que iba hacia la entrada principal y se cruzó con un coche que abandonaba la fiesta. Se mantuvo erguida, manteniendo la compostura mientras el coche abandonaba lentamente el lugar. Algunos hombres estaban en la escalinata de la entrada conversando y pocos metros más allá también alguna pareja, pero no veía a Bradley. Justo antes de dejar el camino principal y cruzar la rotonda que daba a la escalinata la sorprendió una voz.

—Señorita, — esa palabra la dijo en español— ha dejado usted el trabajo a medias, ¿no cree?

Se giró hacia él. Bradley estaba apostado allí en un banco, fumando un cigarro y le miraba divertido, como un padre a una niña que acaba de hacer una travesura y le tiene que enseñar una lección. Eso incomodó enormemente a Angelines pues al ser de la misma edad no se veía para nada en inferioridad. Tenía razón Zoya con las tonterías que tenían a veces los hombres realizando este tipo de trabajos.

—¿Por qué me has dejado sola? —habló bajito para que nadie más la escuchara pero muy enfadada con él.

—Tranquila “señorita”, volvió a decir esta última palabra en español—. He estado observando cómo te desenvolvías. Ya he terminado yo el trabajo. Sólo queda meterlo en el coche y deshacernos del cuerpo.

—¿Cómo?, no me habías dicho que íbamos a matar a nadie.

—Es que no estaba previsto, pero ese hombre se había dado cuenta de para quién trabajas. Te habría delatado. Además, ya hemos comprobado que no era trigo limpio. ¿Preferirías haber desaparecido tú?

—Se van a dar cuenta.

—Para los que trabaje él, desde luego, pero el resto no se percatará, a todas luces era un funcionario sin importancia —le mostró a Angelines su documentación de cédula de trabajador en la oficina de transportes de Londres—. La única razón por la que podía estar aquí es porque fuese un espía.

Fueron por el coche. Brad llamó al aparcacoches y Angelines se quedó esperando prudentemente a cierta distancia tapándose la cara con un pañuelo. El jirón que se había hecho en el vestido de raso sólo se veía si se acercaban demasiado.

Montaron en el coche y fueron por el camino principal hasta el lugar más cercano a donde estaba el cuerpo, que Bradley había ya trasladado hasta acercarlo a la carretera después de “terminar el trabajo”.

Tuvieron que esperar un momento a que pasaran dos coches más y luego salieron rápido. El escocés lo cogió por los hombros y ella por los pies. Estaba cogiendo un color azulón y tenía una mancha de sangre en la nariz. Angelines no quiso mirarlo más. Lo pusieron en la parte trasera y salieron de allí.

Bradley la miró interesado antes de hablar. —No he podido ver si venía con alguien más, aparte del que estaba con él cuando me lo presentaste, ¿y tú?.

—No. Desde que empezó a hablar conmigo ha estado solo todo el tiempo. Tampoco le he visto ninguna mirada cómplice ni nada por el estilo.

—¿Mirada cómplice? —Bradley soltó una carcajada—. Alguna película americana has visto, ¿no?

Angelines miraba escéptica hacia el lado contrario por la ventanilla, con un cierto resquemor en la nuca de quien sabe que lleva un cadáver en el asiento de atrás.

—Estúpido—. El hecho de llevar varias semanas trabajando juntos y ser de la misma edad hacía que sintiese la confianza de hablarle así. — Los hombres os delatáis más de lo que creéis. Sois transparentes.

Bradley la miró un momento, pero ella seguía mirando por la ventanilla.

Por fin llegaron a un sitio a las afueras de Londres donde podían manipular tranquilos el cadáver. Tenían que darse prisa pues empezaba a mostrar los primeros signos de rigor mortis.

A juzgar por la tranquilidad del hombre no era la primera vez que hacía aquello. También sabía que en esa zona había piedras pesadas fáciles de encontrar y llevaba cuerda en el coche. La intención era ponerle peso y hundir el cuerpo en el Támesis. Definitivamente, no era la primera vez que hacía aquello.

El cuerpo lo preparó él solo. Angelines miraba expectante. Ya no le impactaba. Tenía una sensación extraña al pensar que hacía unas horas ese cuerpo muerto estaba conversando con ella en la fiesta como si tal cosa. El

hombre la había invitado a pasear y ella había aceptado. Era su puesta en escena, le había dicho Brad, habla con todos, date a conocer pero mantén cierto halo de misterio. Hoy es un día para que te sueltes en este tipo de eventos. Nada más. Conversa y baila con quien quieras, sobre todo tienes que estar cómoda.

Por eso a Angelines no le pareció mal salir a dar un paseo con el hombre por el jardín, así vería cómo se sentiría cuando le mandaran algún tipo de trabajo como el que le había dicho Zoya. Antes de salir había echado una mirada a Bradley que le decía “cúbreme”.

Todo se había complicado cuando el hombre se abalanzó sobre ella en cuanto estuvieron fuera del alcance de la vista de todos y le gritó “Putá española, te manda el dictador Franco, ¿es así?”. A su vez le desgarró la solapa del vestido por arriba, en un torpe intento de violación. En ese momento Angelines había hundido sus dos dedos índices en los ojos del hombre y dado un certero puñetazo en la boca del estómago seguido de una patada en la ingle que lo dejó encogido y paralizado. Lo justo para hacerle caer doblándole la rodilla izquierda y mantenerle sujeto boca abajo hasta que tras dos vanas sacudidas quedó inconsciente por el taconazo, era ya la segunda vez que usaba su zapato en esos términos, nunca se habría imaginado en su vida anterior que podían dar tanto juego. Eso había sido todo. No era su intención que terminara en el fondo del río, pero ya Bradley se había encargado del resto. Cuando éste terminó, acercaron el cadáver hacia un puente cercano y entre los dos, con mucho esfuerzo, lo lanzaron al agua. Pobre hombre.

De vuelta al apartamento hubo un largo periodo de silencio en el vehículo. Cada uno con sus propios pensamientos de lo que había pasado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó el escocés al cabo de un rato.

—Sí, ¿por qué? —a lo mejor se creía que se pondría a llorar desconsolada por lo vivido. Eso no iba a pasar.

—No, por nada.

Llegaron a Londres.

—¿Te apetece subir?

Bradley la miró incrédulo. No se lo esperaba, pero la miró de nuevo con esa cara de estar por encima de ella. Claro, la pobre con lo que ha vivido hoy necesita estar un rato acompañada. —Está bien, pero sólo un rato. Tienes que aprender a gestionar tú sola cada misión y lo que conlleve.

Nada más lejos de sus pensamientos.

En cuanto Bradley cerró la puerta tras ella, la española se abalanzó sobre él como loba en celo y empezó a besarlo apasionadamente a la vez que intentaba quitarle la chaqueta. Tras un primer momento de estupor, el escocés se dejó primero hacer y luego participó activamente en la propuesta, o ejecución más bien de lo que pretendía ella.

Le agarró los pechos con rudeza, igual que ella se aferraba a él, mientras le abría la bragueta del pantalón y se abalanzaba ahora sobre su miembro. Él, mientras tanto, terminó de quitarle el vestido de una pieza quedando en ropa interior con un pecho fuera del sostén. Comprobó que era más exuberante que el que llevaba el día que la vio cambiarse. Finalmente cogió su menudo cuerpo en brazos y la apoyó contra la pared mientras la empujaba con brío y excitación descontrolada sobre ésta. Angelines gemía susurrante “no te pares”. Finalmente los dos llegaron al mismo sitio a la vez mediante un alarido ahogado de excitación. No fue muy largo, pero sí intenso.

Bradley la agarró fuerte por las mejillas y la miró unos segundos fijamente a los ojos, serio. Ella le aguantó la mirada.

—Esto no va a volver a suceder —sentenció. Cogió sus cosas, se vistió y se fue.

Operadora de radio

La casa de Úrsula estaba en Great Rollright, al norte de Oxfordshire, a unas dos horas en coche de Londres. Tenía un jardín en la entrada. Cuando Angelines se bajó del coche, la encontró jugando con sus hijos, todos tirados por el suelo. Hacía muy buen día así que pensó que en esas circunstancias ella estaría haciendo lo mismo.

El taxista le dio su equipaje. Bradley le había dicho que tendría que quedarse un par de días o tres en casa de la jefa, así que había comprado una pequeña maleta de fin de semana para la ocasión. Ya no reparaba en gastos, al fin y al cabo todo aquello lo estaba haciendo por dinero.

Úrsula se incorporó y tras mirar alerta unos segundos y comprobar que se trataba de ella, se irguió y dejó a sus hijos en el césped jugando. Menuda y resuelta, se acercó a ella.

—Buenos días, querida—. Angelines fue a darle la mano como hacían los ingleses pero Úrsula la agarró por los hombros y la besó en la mejilla—. Bienvenida a mi casa.

Los niños fueron corriendo hacia ellas.

—Ésta es mi amiga Angie —dijo con cercanía—. Te presento a mis dos hijos pequeños, Nina y Peter. El mayor está pasando unos días en casa de unos familiares.

Los niños la saludaron encantadores y educados e inmediatamente después desaparecieron para seguir jugando por los alrededores de la bonita casa.

La alemana la llevó hasta el pequeño cuarto de invitados para que dejara sus cosas.

—Espero que estés cómoda.

—No lo dudes.

La casa era muy acogedora y tenía ese cálido ambiente familiar que no había vuelto a sentir desde que marchó de casa de su madre.

Luego fueron al salón y la puso un poco al tanto de lo que iban a hacer en aquellos dos días. Iba a aprender a utilizar la radio y le daría algunas instrucciones para poder mandar mensajes a Moscú en caso de ser necesario. Eso era todo.

Le enseñó la radio que guardaba celosamente en su habitación y los principales elementos de los que se componía; el transmisor-receptor que guardaba en una maleta, el manipulador y la libreta con las claves, el

complejo sistema de signos dispuestos a convertirse en mensajes cifrados. Todo basado en sistemas de puntos y rayas.

—Esto es básicamente de lo que se compone el sistema, te enseñaré a fabricar una más adelante —dijo Úrsula cuando le presentó todos los instrumentos—. Ya sé que ahora mismo te parece un mundo, pero esto es sólo un pequeño anticipo para no saturarte. Mañana te explicaré más.

El resto del día lo pasaron conversando sobre sus respectivos países de origen y de lo bien que se vivía en Inglaterra. La alemana prácticamente se había criado en ese país británico y, aun así, sus padres le habían inculcado su amor por el comunismo como forma ideal de vida. Le chocaba cómo a pesar de no haber vivido el comunismo desde dentro era fiel defensora de ese sistema de vida. Angelines escuchaba. No tenía nada que opinar al respecto.

La mañana del segundo día pasó por allí un extraño hombre. Ella estaba sentada en el jardín, y vio como miraba de manera inquietante hacia la casa. En ese momento salía Úrsula que traía té en una bandeja y se quedó mirándolo. Éste saludó levantando la mano hacia el sombrero.

—¿Quién es? —preguntó Angelines descarada sin apartar la vista del caballero.

—Pues no lo sé —hablaba mientras ponía la bandeja en la mesa, se acomodaba en la silla y empezaba a servir el té—. Imagino que algún listillo del MI 5, desde que Philby y sus colegas se fueron a Estados Unidos ya no controlamos sus movimientos como antes, pero obviamente me están investigando, y de vez en cuando se darán una vuelta por si acaso me pillan con las manos en la masa —rió irónicamente—, puede que envíe mensajes a Rusia a través del té... ya me interrogaron hace un par de años, y eso fue lo que se llevaron. Una taza de té con un poco de laxante. No quería echar cianuro —rió más fuerte.

Angelines no sabía si hablaba en broma o de verdad. Puso cara de preocupación, especialmente al beber el té. Úrsula lo cogió al vuelo.

—Anda, mujer. No te preocupes. Es una broma. Bueno, lo del cianuro, lo del laxante no. Lo hice sólo para que se acordaran un ratito más de mí mientras llegaban a su casa— siguió riendo—, de todas formas, tampoco de eso iban a poder demostrar nada. —Quedó pensativa un momento—. Mañana te llevaré a conocer a un amigo mío. Es raro como él solo, me pone de los nervios. Demasiada buena persona, pero un “coquito” que ha sido de gran utilidad a la causa, aunque a ti te importe un bledo. Sé que al final acabarás entendiendo

todo esto y llegarás a comprender que el comunismo algún día dominará el mundo por el bien de la humanidad.

El carácter tan directo de Úrsula intimidaba a veces a Angelines, pero la escuchaba atenta, interesada. El magnetismo de esa mujer la obnubilaba. Era la jefa, había dicho Bradley. Y con sus hijos y obligaciones domésticas. Lo llevaba todo hacia adelante, era una luchadora.

No le comentó nada de lo que había pasado en la embajada, pero obviamente estaba informada por las continuas referencias que hacía sobre Bradley y de lo buen profesional que era el chico en comparación con “los otros”, avalados supuestamente por la experiencia. Le auguraba un futuro de éxito en la organización. Si Úrsula estaba al tanto de todo, comprobaría que se podía confiar en su confidencialidad. Angelines intuía un trato estrecho y plena confianza entre la alemana y el escocés. No sabía hasta qué nivel, pero podría tener que ver con la reacción que tuvo Bradley en el apartamento.

Por la mañana temprano, cuando los niños se fueron al colegio, ellas dos se fueron temprano hacia la pequeña localidad de Harwell, al Centro de Investigación de Energía Atómica. Allí trabajaba el amigo de la jefa. Resuelta y sin complejos, Úrsula preguntó en la oficina si podían avisar a Klaus Fusch, que dos amigas querían verle.

La recepcionista se fue y apareció al poco con el susodicho. El semblante de aquel hombre estaba pálido. Angelines interpretó inmediatamente esa cara como que no le apetecía ni un poco encontrarse con ellas.

La alemana le abrazó efusivamente y le presentó a Angelines como si ya la tuviera que conocer. —¿Es que no vas a saludar a Angie? —le dio la mano mecánicamente.

Úrsula le cogió por el brazo. —Vamos a dar un paseo y me cuentas todo lo que has hecho en Estados Unidos. ¿Qué tal te ha ido? Angelines salió tras ellos echando un último vistazo a la recepcionista que aparentemente había dejado de prestar atención al encuentro y estaba a la suya. Pero a la española no se le escapó que había guardado el papel en el que había apuntado el nombre de la visita debajo de un bloc de notas.

Ya en el jardín y lejos de cualquier oído, el tono de Úrsula cambió. No perdió las formas pero estaba ligeramente más autoritaria.

—¿Y bien? ¿Por qué no has contactado conmigo? ¿Han venido a verte?

—Ayer creo que había un agente del MI5 vigilándome.

—Por Dios Klaus, si te interrogan no vayas a desfallecer, ¿eh?. Mantente

en tu sitio. No tengo ganas de tener que salir corriendo con los niños a cuestas. No digas nada del proyecto, y mantén a tus compañeros al margen.

Klaus asentía a las instrucciones de Úrsula pero sin convencimiento ninguno. Angelines percibió a aquel hombre bastante incómodo con la situación, casi amargado. Finalmente, el científico se atrevió a preguntarle a la alemana:

—¿Y tú? ¿No has sido imprudente al presentarte aquí?

Hubo un silencio.

—Si te hicieras cargo de mis mensajes no tendría que haber venido.

—Estoy muy ocupado —dijo mientras se quitaba las gafas y las limpiaba fruto de un tic nervioso más que por necesidad.

Estuvieron todo el camino de vuelta en el taxi hablando de cosas triviales e incluso con el conductor. Sobre el tiempo que hacía y las previsiones para el día siguiente. En cuanto se bajaron, Úrsula se dirigió con determinación al cuarto donde tenía el aparato de radio.

—No me fío de él ni un poco. A la menor presión se desmorona, lo sé. Y lo peor es que todos caemos con él. El MI5 nos tiene bajo sospecha y ése no aguanta, seguro. Tengo que hablar con Moscú.

Fue la primera vez que Angelines lo vio en funcionamiento. Colgó el cable de punta a punta de la habitación y se fue a otro cuarto de donde sacó un bloc de notas y un libro, el mismo de Agatha Christie que había en el apartamento, “N o M”. Con el libro, el bloc de notas y el manipulador de radio se sentaron y se puso a mandar señales golpeando las teclas, cambiando la intensidad de los golpes. Úrsula no la miraba, estaba concentrada y preocupada, eso no lo podía negar. Angelines estaba de pie a su lado, viéndola hacer. Cuando terminó de mandar el mensaje, quedó a la espera, fue sólo entonces cuando se giró hacia Angie y le dirigió unas palabras.

—Tengo que enseñarte a usar esto.

Angelines sólo asintió. Todos querían enseñarle a hacer de todo y hasta ahora nadie le había preguntado qué quería ella.

De repente empezó a llegar la contestación al mensaje de Úrsula de Moscú y fue apuntando en un papel. Tras transcribir los códigos con el libro lo cerró de golpe, pensativa.

Estuvieron toda la tarde aprendiendo el código que ellos empleaban para comunicarse. Efectivamente el libro de Agatha Christie era la llave, el que había que utilizar para descifrar los mensajes. Nunca lo hubiera pensado. Era

complicado aprenderlo todo en un día. Letras, palabras, tiempos, páginas del libro, golpes exactos del manipulador. Angelines cogió apuntes de todo, en papel de tabaco para poder tragárselo si fuese necesario. Le explicó que iban intercambiando formas de codificación que se identificaban al principio, tanto en inglés como en ruso. El sistema que le estaba enseñando era el cifrado de Beale, y consistía en agrupar secuencias numéricas en grupos de tres, haciendo referencia a la localización de determinadas palabras en la localización de la novela. No era el sistema más fiable, pero era bueno para iniciarse en los sistemas de códigos y para mandar mensajes simples y sin trascendencia política.

—Bueno, creo que ya está bien por hoy. Veremos cómo te vas manejando y te iré enseñando códigos más complejos. Anda, vamos al jardín con los niños y te invito a un té con pastas. ¿Te apetece?

Ya en el jardín se sentaron las dos enfrente del césped de la parte trasera de la casa.

—Me temo que las cosas se están complicando por momentos. En fin. Tendré que ponerte al día también con la radio y luego debemos distanciarnos. Que pase el tiempo y no nos relacionen. Sólo así podremos mantener el flujo de información.

Angelines asentía, poco tenía que decir a todo aquello. Al poco se escuchó el ruido de una motocicleta de motor potente que se fue acercando cada vez más.

—Será mi marido. Ven que te lo presento. ¡Niños, tened cuidado! —esa era una frase hecha porque los niños ya habían estado solos con anterioridad a que llegaran y se fuesen.

El hombre había aparcado en la puerta delantera y estaba en el hall deshaciéndose de la chaqueta y el casco. Dio un escueto beso a Úrsula en la mejilla y ésta empezó las presentaciones.

—Mira, éste es mi marido, Len. Siempre anda de acá para allá con su moto —así se lo presentó.

—Ésta es Angie, es española y está casi lista para trabajar —y así la definió Úrsula a ella.

Se dieron un apretón de manos. Angelines denotaba cierta perplejidad ya que no lograba entender si ni siquiera su marido estaba al tanto de lo que hacía. Tampoco le podía extrañar, Letti ya había comentado lo mismo. Sin embargo lo de la inglesa era distinto porque al fin y al cabo trabajaba en una

oficina y cuando llegaba a su casa hacía vida normal y ya está. Pero Úrsula tenía todo el cuartel general en su propio domicilio, con sus hijos. Lo veía bastante peligroso, e irresponsable, si tenemos en cuenta que estaba exponiendo a aquellos niños a un peligro constante, especialmente a la posibilidad de quedarse sin su madre.

Con el marido en casa y disponiendo todo ya para la hora de la comida, la española sintió que empezaba a molestar y decidió volverse para Londres. Desde luego que Úrsula no le insistió para que se quedara y en menos de veinte minutos tenía un coche esperando en la puerta de la casa de la alemana.

El taxi la dejó en una de las bocacalles traseras del British Museum, eso lo había empezado a hacer desde el principio por orden de Burgess y siempre lo había cumplido. Pagó al taxista, bajo del vehículo y en lugar de ir directa al apartamento rodeó el museo y paseó haciéndose la distraída atenta a que nadie la siguiese. “No estaba el horno para bollos”, como decían en su tierra.

Tras asegurarse de que no había nadie sospechoso en las inmediaciones, atravesó la parte delantera del British y giró por la segunda bocacalle a la izquierda y luego a la derecha. Echó un último vistazo a la calle por donde había venido y sacó las llaves del portal, que solía estar abierto. Se disponía a abrir cuando dos hombres la abordaron sutilmente y presentándose como miembros del MI5 la invitaron amablemente a que les acompañara al coche.

—Disculpe, señorita —dijo uno de ellos, diciendo la última palabra en español y por tanto dejando claro que ya la habían investigado.

—¿Sí?— Angelines se giró con una enorme y falsa sonrisa atendiendo al caballero.

—¿Sería usted tan amable de acompañarnos a nuestra oficina? Querriamos hacerle unas preguntas sin importancia. No le llevará mucho tiempo.

—Por supuesto, señor.

El otro agente la invitó a caminar hacia el coche tocándole ligeramente la espalda, con respeto y haciéndole una señal con la mano indicándole que tenía todo el camino abierto hasta el mismo. No iba detenida en ningún caso, sólo querían hacerle unas preguntas. —En fin —se dijo para sí, parecía que no iba a ser el momento de quitarse los tacones, y ya empezaban a dolerle los pies.

Llegaron al coche y le abrieron la parte trasera para que entrara. El hombre más bajito se sentó con ella, mientras el otro lo hacía al lado del conductor. Más que miedo, Angelines sintió enfado, cómo podía haber sido tan tonta. Se imaginó a Úrsula refiriéndose a ella en los mismos términos que lo

hacía con los hombres de su organización; inútiles, holgazanes, lentos, que iban dejando señales ridículas por dondequiera que fueran. Eso no iba a ser así. Tenía que dejar el listón alto. Poco a poco fue dejando esos pensamientos negativos y centrándose en la manera en la que debía actuar una vez llegara al sitio del interrogatorio. Según había entendido a Letti y Úrsula también las habían interrogado y se habían quedado con un palmo de narices. No habían logrado sonsacarles absolutamente nada, ella no iba a ser menos.

Interrogatorio

El cuartel general del MI5 estaba situado en Curzon Street, relativamente cerca del apartamento, tardaron una media hora en llegar pero sobre todo por culpa del tráfico. Una vez pasaron el atasco permanente de Picadilly Circus no tardaron más de siete minutos, bordeando una parte de Green Park y el lado izquierdo de la carretera principal que separaba Hyde Park del centro.

Los tres salieron del coche en la misma puerta y se dirigieron hacia el hall. De allí subieron hasta la tercera planta donde reinaba una relativa calma entre los funcionarios de la oficina, ajenos aparentemente al trasiego callejero.

Los dos agentes trataron a Angelines con mucho respeto en todo momento y la acomodaron en una salita que para nada tenía apariencia de sala de interrogatorios. Parecía más bien el saloncito donde tomaban el té las autoridades del departamento. Tras preguntarle si quería tomar algo a lo que negó levantando la mano y sacudiendo la cabeza a la vez, el agente le ofreció un cigarrillo que aceptó y tras dejar aquél el suyo en el cenicero consumiéndose sin remedio, se sentó frente a ella, hacia adelante, con las manos juntas y los dedos entrelazados. Sin más rodeos le comunicó la causa por la que estaba allí:

—Mire, señora. Sabemos que tiene usted trato con determinadas personas que están siendo investigadas por su pertenencia al eje comunista —el agente dejó en ese momento un silencio analizando descaradamente la reacción de Angelines.

Irguió y sacudió ligeramente los hombros, en un estado intermedio entre la coquetería y la chulería.

—No lo sé —dijo—. Si se refiere usted a mis amigos alemanes. Ese simple hecho no me convierte en nada, ¿no?. Yo no ando investigando a mis amigos o conocidos como hacen ustedes.

—Mire Angelines, si es usted consciente o no de las actividades ilícitas de sus amistades no es algo que nos incumba. Lo que le vengo a decir es que sabemos que existen y lo que queremos proponerle es que trabaje para nosotros, que nos pase información sobre sus movimientos y relaciones. Especialmente de Úrsula Beurton.

En ese momento sintió que le caía un jarro de agua fría sobre la nuca pero apenas se notó, o al menos esa era la imagen que ella quiso ofrecer al ojo experimentado del agente. Le miró fijamente a los ojos antes de contestar.

—¿Y qué pasa si me niego?

Él le aguantó la mirada en claro duelo.

—También sabemos que no hace muchos meses que llegó a Inglaterra y que su marido tiene puesta una denuncia por abandono de hogar en España. Igual podríamos hablar con la embajada de España y devolverla a su legítimo dueño, creo que sería bastante fácil según las leyes de su país —dijo con sarcasmo.

Ahí le habían dado. Sólo recrear la posible situación le estremecía las entrañas. Al menos no había trascendido el “incidente” que tuvo en la embajada austriaca. Podía suponer que tampoco les interesaba más allá de su relación con Úrsula.

Se puso la mano en la boca, como evitando lanzar algún impropio, respiró hondo, y se acarició con el índice la mejilla un par de veces. Tras quitar unos segundos la vista del agente, volvió a él.

—Entonces, por lo que parece no tengo opción. ¿Es así?

—Eso me temo.

—¿Y qué quiere que le diga?

—Es sencillo. Qué hace, a dónde va y con quién. Básicamente eso es todo.

—Disculpe, pero yo he quedado con esa señora un par de veces. El día que le conocí y cuando me invitó a su casa.

—Ya veo, de todas formas no creo que le sea difícil volver a quedar con ella, hasta donde sabemos no dispone usted de oficio ni beneficio, ¿no?

—Traje algo de dinero conmigo, aunque si le soy sincera si me buscara un trabajo se lo agradecería. Gracias.

—¿Quizás algo relacionado con la costura?— parecía que habían investigado su vida al detalle.

—Estaría bien.

El agente se levantó dando por finalizada la entrevista y le entregó dinero para que cogiese un taxi.

—Nuestro primer encuentro será dentro de dos semanas. Vaya recapitulando información. Y por favor, sea discreta al salir del edificio.

Sin más Angelines bajó las escaleras, reencontrándose con el grupo de funcionarios grises de oficina. Alguno levantó la cabeza de los papeles de su mesa o máquinas de escribir a su paso, pero la mayoría seguían en sus quehaceres o charlando entre ellos sin prestarle la menor atención. Justo en el último tramo de escalera se cruzó con Samantha Jasper, la supuesta prima siria

del anglohindú con el que había conversado en la embajada y que había reconocido haber visto con anterioridad en España, se miraron a los ojos sin mediar palabra. Era amigo de los que le habían ayudado a salir del país, pero ¿qué pintaba en todo esto? ¿Le habrían llamado como a ella? No era esa ahora mismo su principal inquietud.

Se guardó el dinero para el taxi y decidió volver al apartamento andando, necesitaba pensar.

De hecho aún era temprano así que cruzó la gran avenida y se fue a caminar por Hyde Park, pasó por el estanque y se sentó un rato en uno de los bancos frente a aquél.

Sentía que tenía un problema. ¿Qué debía hacer? Nunca se había imaginado que le pasaría aquello. No le debía nada a nadie, así que no tenía por qué sentir que era una traidora, ¿o tal vez sí? Las comunistas se habían portado muy bien con ella hasta ahora y se veía obligada a convertirse en agente doble sin comerlo ni beberlo. Se levantó del banco y se dirigió a un quiosco cercano donde un hombre vendía panecillos para los patos. Luego volvió y estuvo largo rato viéndolos pelear por la comida. Reflexionó sobre su situación y los patos. Ella estaba allí para sobrevivir. No tenía que hacerse amiga de nadie. Cualquier cosa era mejor que volver a España.

Decidió que por el momento se prestaría a aquel doble juego, intentaba también ser consciente del riesgo que aquello entrañaba aunque por el momento no llegaba a vislumbrar su intensidad. A pesar de aquel encuentro que tuvo Zoya con aquellos matones o el inapropiado accidente en la embajada, ella no sentía en extremo esa sensación de peligro para sí. Había sido espectadora, en interacción con la escena, sí, pero sólo espectadora. No sabía por qué querían llevarse a Zoya, ni por qué murió aquel hombre, pero ella participó de los hechos. Resolvió que por el momento se seguiría manteniendo al margen de la información, no así de la actuación. Por algo estaba allí.

Al volver a casa se quitó los zapatos, decidió prepararse un baño y siguió pensando sobre todo aquello. Lo que le parecía más extraño era que no sentía nada. Era como si la cosa no fuese con ella. Se puso el pijama cómodo y se sentó a leer una de las novelas de Agatha Christie.

Sonó el teléfono. Era Úrsula diciéndole que al otro día estaría en Londres y si le apetecía tomar un café. Por un momento se inquietó pensando que ya habría llegado a sus oídos su entrevista con el MI5.

—Sí, claro. ¿Dónde nos vemos?

El doble juego acaba de comenzar.

Cuando Angelines llegó, Úrsula estaba ya esperando en el pub Nag's Head, bebiendo un Jerez.

—¿Quieres uno?

—Sí, un poco de añoranza de la tierra no viene mal —si Úrsula supiera lo difícil que era tomar un buen vino en la posguerra española.

—No tengo mucho tiempo, Angelines. No pueden vernos juntas. Necesitamos que hagas otro trabajo, y esta vez es bastante serio. Es muy importante que consigas infiltrarte en la embajada de tu país.

—¿De España? No puede ser. A día de hoy no me he relacionado con nadie de mi país y puede ser peligroso.

—¿Por qué? —preguntó altiva Úrsula, esperando explicaciones.

En ese momento llegó Bradley y tras saludar cortésmente a ambas damas se sentó junto a ellas y pidió un whisky, escocés, como no podía ser menos.

Angelines esperaba que Úrsula se hubiese olvidado de la pregunta que le había formulado antes de que llegara Bradley, pero no.

—No me has dicho por qué.

Los miró a los dos con pesar antes de comenzar a hablar.

—Mira, es que me fui de España escapando de mi marido y allí tengo obligación de volver con él si me cogen. No me podéis meter en la boca del lobo.

Los dos comunistas la escucharon atentos, sin intervenir. Luego se miraron entre ellos.

—¿Crees que por relacionarte con tus compatriotas van a tener en cuenta si tienes antecedentes en tu país? Y eso pensando que den con la persona adecuada para ponerles al día. No lo creo, Angie —ya todos la llamaban así siguiendo la iniciativa de Zoya.

—Además —continuó Bradley —te daremos un perfil bajo, con una identidad falsa. Eso será lo mejor ¿no, Úrsula? No entiendo como Philby no hizo lo posible por darte un nombre falso.

—Bueno, no sé si será de ayuda, pero yo entré en el país con otros papeles, los de mi amiga María Moreno, así me registré en el barco.

La jefa sopesó un poco, dando golpecitos con los dedos en la mesa.

—Sí, es una opción, pero primero tengo que hablar con Moscú. Si Angie ha mostrado en todo momento su verdadera identidad tenemos que saber

primero hasta qué punto la pueden tener controlada. Ya la han visto con nosotros.

Angelines miraba callada y curiosa. Si supieran lo del MI5... ellos sabían su verdadero nombre, todo aquello no valía para nada. De repente le vino un pensamiento oscuro. —¿Acaso serían Úrsula y Bradley capaces de terminar con ella si lo descubriesen?... *who knows, who knows*, se preguntó entre aterrada y divertida. Realmente, estar fuera de contexto la hacía mucho más pragmática a la hora de actuar. Era curioso cómo en vez de estar asustada estaba expectante.

¿Otra identidad?

Y así fue como de repente Angelines Gómez se había convertido en María de los Ángeles Moreno. Exiliada de la guerra civil a causa de su padre, debido al desconcierto que se creó en un primer momento, pero simpatizante del régimen franquista, por eso quería entrar en contacto con gente de la embajada y ver la manera y condiciones para volver a España. Habían decidido hacer una mezcla de identidades ficticia y verdadera, para poder mantener su verdadero alias y que no levantara sospechas entre los que ya la conocían allí, y sólo cambiar sus apellidos por si el MI5 ya la había estado siguiendo la pista por haberla visto con Úrsula o si los españoles decidían investigarla, siempre sería mejor achacarlo a un error y tardarían más en dar con sus datos. Tampoco se lo pensaron demasiado con el nombre en clave que sería, como no podía ser de otra manera, Angie.

Para ello, habían decidido que a partir de ahora dejaría de tener contacto con los comunistas, ni siquiera con Bradley, y sus reuniones se limitarían a una vez al mes en el pub Spotted horse o, si era necesaria una reunión urgente, llamarían por teléfono y tras un momento de silencio se escucharían tres suspiros. En ese caso la reunión sería en el polígono dos horas después de la llamada. Si el encuentro tenía que ser con un contacto desconocido aparecería en su buzón una revista de moda y en la página diez estarían la dirección a la que tenía que acudir con un sombrero verde y un bolso a juego cuya correa tenía que tener un lazo amarillo atado. Por su parte, el contacto llevaría el Tribune y estaría sentado en un sitio concreto del bar que estaría también especificado en la revista del buzón. Por lo demás y por el momento sólo tenía que integrarse con las personas de la embajada e intentar conseguir información relevante. Nada concreto. Sólo era para aprovechar la oportunidad de tener una española entre sus filas y abrir camino a nuevos frentes. De hecho, según le contó Bradley, los rusos estaban muy satisfechos con los espías españoles que tenían en sus filas y le contó la historia de Ramón Mercader, que había ajusticiado a un traidor llamado Trotski y que cumplía por ello condena en México. También le habló de la gran estima que se tenía en Moscú a la madre de aquel español, Caridad de los Ríos.

Lo primero que tenía que hacer era entrar en contacto con los compatriotas que iban a la iglesia católica en Londres. Era allí donde encontraría a los afines al régimen del dictador Franco residentes en Londres. Para ello se

dirigió a la Iglesia de Santiago el Mayor, en Camden, iglesia católica donde acudían a misa los representantes y funcionarios de la Embajada de España en el Reino Unido.

Llegó temprano. Quedaban aún tres cuartos de hora para la misa de a doce por lo que entró en un restaurante cercano para tomar un café. No había mucha gente, tres mesas ocupadas, una de ellas, en una esquina, estaba integrada por dos señoras orondas y de aire importante, con abrigos de pieles y llamativos zarcillos, a todas luces esposas españolas de señores importantes.

Quedó esperando que le prepararan el café en la barra. Como tampoco quedaba tanto tiempo decidió tomárselo allí de pie y no sentarse, cuando un apuesto joven se acercó a la barra, justo al lado de ella. Hizo una señal a la camarera que se acercó.

—Disculpa, es que ayer vine a comer y no pagué. ¿Me puedes decir cuánto era? —la camarera le hizo una señal de que esperara un momento.

Mientras, el joven miró sonriente a Angelines.

—¿Española? —preguntó.

—Sí. Es usted muy amable, no hay muchas personas que hubiesen hecho lo que usted.

—Sí, bueno, hay que intentar hacer el bien en el mundo, ¿no?, en este medio siglo que llevamos ya ha habido demasiado mal—. En eso tenía razón, pensó.

El hombre pagó también el café que se había tomado Angelines y se fue dedicándole antes una sincera sonrisa de despedida a lo que ella correspondió.

Se acercó a las dos señoras que ya había oído hablar en español.

—Buenos días, señoras —una de ellas miró sonriente, la otra observaba con cierta impertinencia, haciéndole saber que molestaba.

—Dígame, hija —dijo la que parecía más amable.

—Quería preguntarles por si van ustedes a misa. Es la primera vez que vengo.

—Sí. El cura es encantador. Y está muy pendiente de todos los españoles que estamos aquí. Verás cómo te gusta. ¿Vienes sola? —le hizo la señora un gesto para que se sentara para disgusto de la otra.

Angelines fue por su taza de café que había dejado en la barra y volvió con ella.

—Anda, niña, te la hubiese traído el camarero.

—Sí, es verdad. No me gusta molestar al servicio —dijo con algo de ironía. Las dos mujeres se miraron sorprendidas y divertidas.

—Me llamo Mariángeles, vengo de La Línea, en Cádiz —las dos señoras se volvieron a mirar entre sí.

—¿De La Línea? —preguntó la que parecía molesta—. ¿Tu padre es militar?

—No —sentenció por el momento. ¿Y ustedes? ¿De Madrid?

Se les notaba en el acento que eran de más allá de Despeñaperros.

—Venimos de Madrid, sí, pero yo soy de Salamanca —habló la más simpática—. Yo soy Cuca, y ella es Carmen, de Valladolid.

—Encantada —dijo sonriente.

Estuvieron un rato conversando sobre la vida en Londres. En efecto ambas eran las mujeres de dos importantes funcionarios que trabajaban en la embajada. Uno de ellos por lo visto era la mano derecha del embajador. Lamentablemente era el marido de la que parecía más estirada. Ésta volvió a preguntarle desconfiada por sus orígenes pero por suerte volvieron a sonar las campanas anunciando ya la hora de entrar en misa y las tres se levantaron de inmediato. No es que no tuviera su coartada elaborada pero al menos se había evitado tener que mentir en exceso, por el momento.

Entraron en la iglesia. Era grande, de estilo neogótico. Estaba muy cuidada. No tenía nada que envidiar a cualquier iglesia dentro del territorio español.

Decidió sentarse detrás y separarse de las dos mujeres, que se sentaron en la segunda fila de asientos. Analizó la situación. Había veintidós personas, nueve en esa segunda fila donde se encontraban sus nuevas amigas, a ambos lados, cinco en un lado, y cuatro, incluidas sus conocidas, al otro. En la sexta fila de asientos había tres hombres, una mujer a su lado separada por unos cuatro asientos y otras siete personas detrás. La mujer que estaba al lado de ella era joven, quizás algo más que ella. Podía tener dieciocho o diecinueve años. Se la veía apocada, casi seguro que trabajaría de sirvienta en alguna casa. Analizó disimuladamente su actitud y movimientos, pensando que quizá le podía venir bien en su nuevo papel. Se dio cuenta de que los hombres eran todos jóvenes, no llegaba a la treintena ninguno. Curiosamente, en cambio, las señoras de la primera fila estarían todas entre los cuarenta y los sesenta años. Se había sentado en el sitio correcto.

Cuando apareció el cura, cuál fue su sorpresa al ver que se trataba del

mismo hombre apuesto que había pagado su comida del día anterior en el restaurante. Tenía que haberse dado cuenta.

Tras la misa todas las personas, a excepción de aquella chica que se había sentado en su fila, se quedaron en la puerta charlando. Angelines aprovechó la ocasión para despedirse de las dos señoras.

—Bueno señoras, me alegro de haberlas conocido.

—Igualmente —dijo con hipocresía Carmen.

La otra, Cuca, le cogió las manos cariñosamente y le dio dos besos. — Esperamos verla el próximo domingo, y le presentaremos a nuestros maridos. Hoy no han venido porque había una reunión muy importante con los ingleses, usted sabe, las cosas que se traen con Gibraltar ¡A ver cuando nos la devuelven!

Así que la próxima semana estarían allí los maridos de las susodichas. La cosa empezaba a pintar bien. Justo cuando se iba, apareció el cura, ya sin sotana pero con el alzacuellos bien visible. Habría tenido todo más sentido si se hubiese presentado así en el bar por la mañana.

—Buenas tardes. Espero que tengan un buen día, lo que queda del mismo. Iba despidiéndose de todos los que quedaban en la puerta y después del saludo del sacerdote los otros empezaron a diseminarse. Pronto llegó donde se encontraban las tres mujeres.

—Cuca, Carmen. Veo que conocen ya a nuestra nueva feligresa. Por cierto, se llamaba usted...—le dirigió una espléndida sonrisa que resaltaba un atractivo hoyuelo en su mejilla derecha— sí que era guapo el cura, se reafirmó Angelines.

—Mariángeles Moreno —a punto estuvo de decir su verdadero apellido ante el estupor de la belleza del cura. El hombre tenía acento del norte también, pero no madrileño, más bien vasco, creyó Angelines.

—Si me permiten las invito a un café, si no tienen inconveniente.

—Por supuesto —dijo Cuca sin pensarlo.

Carmen, sin embargo, se notaba molesta ante la presencia de la muchacha, no parecía de las que les gustara interactuar con otras clases sociales, pero no dijo nada, y Angelines, por su parte, consideró que estaría bien sacar algo más de información.

—Pues llevo sólo unos meses en Londres. Lo cierto es que mi padre se vino muy rápido cuando empezó la guerra y no sabía qué pasaba. Éramos más pequeñas y quería poner a sus hijas a salvo. El primer barco que salía nos

llevó a Lisboa y allí estuvimos un par de años, pero luego le salió a mi madre la oportunidad de trabajar en Inglaterra como sirvienta y mi padre como jardinero en una villa en Rutland, casi limitando con Gales. Mi hermana se casó con un granjero allí y yo me he venido con algunos ahorros a buscar trabajo en Londres.

—Ajá, eso es muy interesante —dijo Cuca—. ¿Y qué sabes hacer?

—Pues un poco de todo, pero sobre todo me encanta coser — era lo mejor que podía decir atendiendo a cuál había sido su anterior trabajo en España—. Y me encanta ayudar a los demás, por eso estoy buscando trabajo tanto en talleres de costura como en hospitales y residencias. La verdad es que todavía no me he puesto en serio.

—Pues si quieres puedo decírselo a los feligreses por si conocen a alguien a quien le haga falta ayuda.

—Ah, claro, padre. Gracias.

—No hace falta —dijo Carmen de repente—. Puedes entrar a trabajar a mi servicio si así lo deseas, al menos por un tiempo. Tengo que arreglarme algunos de mis trajes y de mi marido, y el resto del tiempo puedes ayudar al servicio con las tareas del hogar.

La miró sonriente. No era lo que más deseaba en el mundo empezar a trabajar con una señora a todas luces estúpida, que lo único que quería era ganarse una medalla con el cura, pero, según había dicho, su marido era un importante funcionario de la embajada y podía abrirle las puertas a mucha información.

—Sea, entonces.

—Me encanta que en situaciones como estas es donde se ve que los buenos cristianos se ayudan unos a otros y salen las verdaderas bondades de las personas —y ésa fue la reflexión del cura al respecto.

La señora Carmen

Llegó a casa de la señora Carmen a las 9 de la mañana. Justo en el preciso momento en que su marido se disponía a salir por la puerta.

—Buenos días. Soy Carlos —se presentó el hombre de manera sencilla, no parecía tener los aires de grandeza de su esposa —ya me ha comentado Carmen que empieza hoy a trabajar con nosotros—. El hombre se veía correcto y era un cincuentón atractivo, alto, moreno canoso y de rasgos marcados. A su parecer, se conservaba mucho mejor que su mujer.

—Sí. Un placer conocerle, señor—. Angelines le dio efusivamente la mano, esto pareció sorprender momentáneamente al hombre. Se presentó como Carlos Pérez Uriarte y se excusó rápidamente porque debía irse ya a trabajar.

El piso de los Pérez Uriarte estaba relativamente cerca de la Embajada y era lo bastante grande para que hubiese tres personas en el servicio sin molestarse entre sí. Una cocinera, una limpiadora y ahora Angelines como costurera y ayudante de limpieza.

Las sirvientas eran una española andaluza, de Sevilla, Rocío y una marroquí, Amina, que entró a trabajar con ellos en la época que el marido de Carmen había pasado en Melilla. Ambas habían sido contratadas en los distintos destinos del hombre y luego se habían trasladado a Madrid, y de allí a Londres con la familia.

Rocío, la cocinera, se mostraba distante y esquiva, miraba por encima del hombro a la marroquí y según observó Angelines era altanera y arrogante. En cambio, Amina era dicharachera y servicial, tenía la cara redonda, afable, de buena persona, y enseguida se prestó a asesorar y ayudar a Angelines en lo que hiciera falta.

El matrimonio tenía dos hijos, niño y niña, que según le contó Amina estudiaban en la Universidad en Madrid y venían de vez en cuando.

Llevaban más de tres años viviendo en Londres, pero apenas se relacionaban con nadie. Eso le contó Amina.

La señora dejó la instrucción de Mariángeles, en cuanto a labores de la casa se refería, a cargo de las sirvientas. También le había preparado ropa para coser. Había dejado encima de la cama de la habitación de su hija un traje marrón de falda y chaqueta y un pantalón del marido que estaban necesitados de arreglos. Quería abrir los costados de la chaqueta que le

quedaba muy justa, pues según decía había engordado en el último año y coserle el dobladillo descosido a la falda y pantalón. Eso para empezar, luego podía ayudar a Amina con las cosas de la casa.

Angelines le dijo que necesitaba que se probara la chaqueta para saber cuánto le tenía que sacar. Doña Carmen accedió de mala gana y tras unas breves comprobaciones por parte de Angelines, se la quitó rápidamente al ver que señalaba más de un palmo para que le pudiese cerrar.

—Está bien, está bien —afirmó nerviosa mientras se la quitaba—. Dígame, entonces, usted trabajaba de costurera en su pueblo en España, ¿no?

—Sí. Era encargada de las máquinas de coser Singer. ¿Las conoce usted?

—Pues claro. Cuando la guerra yo iba a una costurera de Madrid que tenía una. ¿Pero no se había venido usted en esa época? Si no me fallan las cuentas por aquella época era usted una chiquilla, ¿no? ¿Cómo podía ser encargada?

Angelines se dio cuenta que había vuelto a meter la pata. Tenía que aprender a controlar su impulsividad o estaría perdida. Ya era plenamente consciente de que empezaba a jugar un juego peligroso.

—Sí, usted me entiende —aclaró Angelines con una falsa sonrisa intentado disimular su nerviosismo—. Me quedaba a cargo cuando me decía la encargada. Yo aprendí a coser con mi madre en un pueblecito de la campiña de Cádiz. Casas Viejas ¿Lo conoce usted?

—Claro —afirmó Doña Carmen mirándola con cierta desconfianza. Quién no oyó hablar en su día de lo que pasó allí. Menos mal que el capitán Rojas estuvo rápido... Nido de anarquistas —dijo con desdén y doble desconfianza— creo que ha sido la única vez que la República se comportó como Dios manda. Si no a saber dónde habría terminado aquella revuelta anarquista —se persignó para terminar con un ¡Dios nos libre!

La muchacha pensó que otra vez estaba hablando demasiado. Los sucesos de su pueblo en enero de 1933, en los que una familia anarquista conocida como los “seisdedos” intentó sublevarse contra el caciquismo andaluz e inició una revuelta anarquista que terminó con la matanza de toda esa familia no ayudaban demasiado. Ella lo recordaba lejano, tenía doce años cuando todo aquello pasaba en la calles del pueblo. Su padre atrancó la puerta y ella pasó largas horas abrazada a su madre. Un sentimiento de culpa cruzó su mente al recordarla, intuir lo preocupada que estaría por ella en España, sin saber nada. Cerró los ojos un momento, concentrándose nuevamente en salir de la situación— Sí, de hecho poco después murió mi abuelo y nos fuimos para La

Línea. Unos familiares ya vivían allí y nos dijeron que había mucho trabajo gracias a los ingleses de Gibraltar.

—Querrás decir “debido a”, ¿no? Gracias dice, qué poca vergüenza. Gibraltar nos lo robaron ellos. Mira que hablamos nosotros de la poca vergüenza que tienen. Ojalá mi marido logre algún día que nos lo devuelvan. Ellos hacen muchas reuniones para eso, ¿sabes?,

—Ah, sí, eso está muy bien —le dio la razón sin entrar en más controversia. Esa información podría ser interesante para “algunos” de sus amigos o para los dos. Lo tendría que procesar.

—Bueno, ¿lo tendrás para hoy? —. Cambió la mujer radicalmente de tema, como aburrida de tanta información trascendental y sin más interés por la vida de aquella infeliz de zona anarquista.

—Lo más tardar mañana.

—Muy bien. Yo saldré ahora con Cuca a tomar café, cualquier cosa le preguntas a Rocío o Amina.

Angelines quedó allí sentada intentando hacer malabarismos con una rudimentaria caja de costuras. Hizo primero el traje del hombre que terminó con relativa facilidad. Era mucho más trabajoso sacar a la chaqueta de la mujer tela de donde no había.

Corto, abrió y pegó pero todo quedaba muy justo. Lo cogió con alfileres, esperando que si volvía la señora se lo probase antes de darle a aguja e hilo, por si acaso continuase sin cerrar. Miró el reloj y todavía le quedaban un par de horas en la casa. Salió de la habitación y se encontró a Amina terminando de preparar el salón para comer.

—¿Te ayudo en algo?

—No. Por mi está bien, pregunta a Rocío si quieres —dijo con ese acento marroquí que ella conocía tan bien. Su marido era de Casablanca. Un médico de prestigio que había hecho carrera en España por ser de los que ayudaron al general Franco en la guerra. Pero Amina parecía dulce y simpática, nada que ver con ese mal hombre.

Rocío, la cocinera sin embargo era corpulenta y con aire de amargada. Iba de sobrada y arrogante, con cierta superioridad sobre la marroquí, aunque Angelines no sabría decir si era por razón de nacionalidad o de cargo, o ambas cosas.

—Pues mira, si quieres coge unas patatas y las pelás. Están en la despensa. Ella removía una olla en el fogón con un ligero aroma a mariscos.

—Qué bien huele —dijo para intentar entablar conversación.

—Sí, claro. Si tuviéramos que ceñirnos a como comen aquí los ingleses mal camino llevaríamos. Su comida es asquerosa.

Mientras cortaba las patatas intentó de nuevo iniciar conversación

—Y tú, ¿eres de Sevilla capital?

—De Dos Hermanas —dijo secamente.

Angelines no le preguntó nada más y salvo escasas instrucciones relacionadas con el tema que las unía, la comida de los señores, no hablaron de nada más.

Cerca de la una apareció la señora. Amina fue corriendo a recogerle el abrigo y el bolso y luego Doña Carmen dio una rápida vuelta por la casa comprobando que todo estaba en orden.

Al poco llegó el marido, que sonrió amablemente a Angelines mientras se sentaba en la mesa y su mujer, atenta al gesto, ponía cara de poco amigos— ¿Qué tal su primer día Mariángeles?— la llamó por su nombre— ¿Se le ha hecho muy pesado?

—No, para nada, señor. Gracias.

—Podéis servirnos ya —dijo resolutiva doña Carmen zanjando la conversación entre su marido y la muchacha.

Cuando terminaron de comer, ella y Amina recogieron la mesa. Se veía que Rocío no entraba en más tarea que hacer la comida. Lo tenía claramente delimitado y al parecer nadie lo cuestionaba. Tras la comida, el hombre volvió a salir y la señora quedó tomando el postre. Cuando acabó anunció que se disponía a echar una siesta.

—Y tú, Mariángeles, cuando termines de fregar los platos te puedes ir. Mañana a las 9 aquí. Buenas tardes.

Eran pocas las veces que la muchacha tenía que remendar ropa y más las que ayudaba con la casa y la cocina. Intentaba repartirse las tareas con Amina de manera que le tocara el despacho del señor y entonces aprovechaba para ojear los papeles que tenía dispuestos por la mesa. Eran transacciones sin importancia, obviamente las cosas más serias o secretas no las iba a tener dispuestas alegremente por allí, o eso pensaba ella.

Un día, el señor antes de irse se acercó a Angelines, que estaba sacando del mueblecito de la cocina el delantal del uniforme que dejaba allí durante la semana.

—Disculpe, ¿no le importaría coserme un dedo más el dobladillo del talle

de esta chaqueta?. Lo veo un poco largo.

—Sí, claro —lo cogió para llevarlo a la habitación, pero en ese momento apareció de la nada su señora y agarró la prenda.

—Carlos, pero si te queda estupendamente —se la puso por encima para comprobar cómo le quedaba—. ¿Ves? Yo lo veo bien de largo.

—Pues yo no —dijo molesto el hombre—. Mariángeles —repitió—, por favor cójale un dedo, no más.

Ella no sabía cómo salir de la discusión, Rocío seguía cortando zanahorias en la encimera como si la cosa no fuese con ella y Amina andaba ya limpiando de aquí para allá. La señora desapareció mascullando por el pasillo mientras comprobaba si había algo en los bolsillos de la chaqueta de su marido. Cuando volvió de dejarla en la habitación dio instrucciones a Angelines.

—La chaqueta la dejas para lo último. Primero ayuda a Amina y te pones con ella antes de preparar el almuerzo. Total, coser un dobladillo está listo en un rato—. Dicho esto fue a acicalarse y al poco salió por la puerta para tomar su café matutino con su amiga Cuca.

Cuando llegó el momento de dedicarle tiempo a la costura, Angelines vio que la señora había dejado también un par de calcetines para zurcir. Cogió el huevo y se puso primero con ellos. Luego le llegó la hora a la chaqueta. Le gustaba quedarse allí cosiendo un rato, sola. Era, se podría decir, su momento de descanso en sus quehaceres en aquella casa de postín. La verdad es que desde que tenía el trabajo su vida era más amena, ya no pensaba tanto en sus idas y venidas trascendentales. Había dejado, por ahora, de ver a los rusos, al MI5 y a todos aquellos que alteraban su vida, y estaba en un momento de tranquilidad. Pensaba que podría vivir así toda la vida. Y en esos pensamientos estaba cuando al descoser el dobléz anterior en la chaqueta se encontró un pequeño e insignificante papel enrollado en el mismo. Por un momento dudó si abrirlo o no, primero se lo metió en el bolsillo del delantal pero finalmente lo abrió. Era una cita, “En el Head Horse, 17, 17.15”. Eso era el día siguiente. Lo que le faltaba ahora que tenía un poco de calma era que el marido de la señora se pusiese a rondarle. Por supuesto que no pensaba ir.

Al otro día cuando llegó a la casa se mostró claramente altiva y distante. No quería malentendidos. Por el rabillo del ojo vio que éste intentaba dirigirle alguna mirada cómplice que ella ignoraba a conciencia. Antes de irse habló a su mujer.

—Carmen, hoy no vengo hasta la cena.

—¿Y eso?

—Tengo una reunión importante y luego iremos a tomar una copa, lo habitual.

Angelines siguió actuando ajena a aquello. Cuando volvió al apartamento se duchó y estuvo leyendo un rato. Ya le quedaba poco para terminar la segunda novela en inglés que había en la casa. Pensó que le vendría bien comprar algunas de segunda mano para leer, igual encontraba algo español. Miró el reloj, eran las 17,30 y se imaginó al pobre señor Carlos esperando a su cita allí sólo en la barra del pub. ¡Qué manera tenía siempre de complicarse la vida! —se lamentó para sí.

Cogió el bolso y las llaves, y salió del apartamento. Todavía podía estar abierta alguna tienda en la que comprar. Dio un paseo muy largo por el centro, pero ya estaba prácticamente todo cerrado, aquello no era España. Tendría que ir por la mañana algún día que tuviera libre. Se disponía a volver cuando por el camino encontró un bazar hindú abierto. Había absolutamente de todo, menos libros. Sin embargo, se compró un par de figuritas de elefante con la trompa mirando hacia arriba, que según le dijo el tendero le iba a dar mucha suerte. Por si acaso se lo compró. A priori esa nueva adquisición no pareció muy efectiva porque al doblar la calle trasera del British hacia la suya vio al señor Carlos apostado frente al apartamento. No se lo podía creer. ¿Cómo habría dado con su dirección? Lo mantenía en secreto y había puesto una dirección falsa en la ficha que le había dado la señora Carmen siguiendo las instrucciones de Bradley. Se giró de nuevo hacia la calle por donde había venido y estuvo haciendo tiempo durante una hora para llegar a su casa. Ya era de noche, y a ella no le gustaba estar sola en la calle a esas horas, por muy concurrida que estuviese siempre la ciudad. Volvió con mucha cautela y al girar nuevamente la calle, comprobó que el hombre se había ido y pudo volver al apartamento por fin. Ahora tendría que comprobar cómo se comportaba el hombre al otro día, y sobre todo tendría que hablar con Bradley y contarle que sabía donde vivía.

Los mensajes de don Carlos

Durante los días siguientes, el señor de la casa nunca estaba cuando ella llegaba. Al parecer tenía mucho trabajo y se iba temprano a la Embajada. Ella pensaba que lo que le daba era vergüenza de encontrársela después del plantón que le dio. Y así, poco a poco, se fue relajando. Pasados unos cuantos días, cuatro o cinco, se lo encontró al llegar. En vez de rehuir la miró fijamente y le habló altanero.

—Mariángeles, necesito que hoy limpie mi despacho a fondo.

La señora Carmen y Amina se giraron y le miraron con sorpresa, no era propio del señor de la casa que diese instrucciones sobre la misma y mucho menos en ese tono. Al ver la cara de perplejidad de las dos mujeres se justificó— Es que le hace falta una buena limpieza y claro, he pensado que mejor que se encargue Mariángeles, ya que Amina hace el resto de la casa y eso es algo excepcional, ¿no?.

La señora Carmen asintió todavía extrañada— Sí, tienes razón. Así que Angelines, ya has oído al señor. Vete para el despacho y límpialo a fondo.

Llegó a la habitación y se encontró todo bastante desordenado encima de la mesa. Era raro ya que era un hombre metódico y hasta ese día siempre había visto todo muy ordenado. Se puso a recoger y al levantar un lote de tres libros estratégicamente esparcidos que había en la parte derecha, se encontró una nueva nota. “Head Horse, 23, 17.15”. Increíble. Ese hombre no desistía. Le dio la vuelta al papel y vio que también estaba escrito. Lo que ponía la dejó perpleja. “Úrsula y compañía”. Lo último que podía imaginar era que este hombre también supiese algo de los comunistas.

Esta vez el hombre le había dejado dos días de margen para reunirse con él. Pensó en hablar con Bradley a ver si sacaban algo en claro pero, tras mucho sopesar, decidió que lo mejor sería ver primero lo que tenía que decirle el español y actuar después en consecuencia, más aún sabiendo también al MI5 vigilándola de cerca. Al día siguiente, el hombre estaba casi para salir cuando ella llegó. Sólo bastó un cruce de miradas para confirmar que la cita se llevaría a cabo.

El local estaba muy concurrido a esa hora, por suerte el señor Carlos bebía una pinta sólo en la barra y lo encontró en el primer vistazo que echó nada más llegar al local.

—Buenas tardes, Mariángeles. ¿Quiere tomar una cerveza?

—Sí, gracias, pero no de esas dimensiones. Sólo una de las que en España llamamos cañita. Gracias.

El hombre habló un momento con el camarero y cuando sirvió a Angelines empezaron a hablar.

—¿Quiere sentarse en una mesa?

—No, gracias —ella tenía premura por saber por qué estaba allí, además si se sentaban parecería más una cita, en la barra era algo más casual.

—Está bien. Desde luego yo también pienso que es mejor aquí.

—Perdone, don Carlos, pero tengo algo de prisa.

—Sí, claro. Mire Angelines, la cosa es que sé que usted no es quien dice ser —la llamó por su verdadero nombre.

Vaya descubrimiento, pensó. Ahora resultaba que era ella la que no era lo que parecía cuando eran los demás los que no dejaban de sorprenderla un día tras otro.

—Y le voy a confesar que yo tampoco. Tengo mis contactos, y por eso quiero que traslade a la señora Beurton una información que podría interesarle.

Esa sí que era buena, resultaba que el señor Carlos era afín a la causa comunista. Un funcionario de la embajada de Franco en Londres, comunista, ¡qué sospechoso!. Decidió ir con pies de plomo.

—No sé de qué me está hablando.

—Entiendo su postura, pero debería creerme. Sólo dígame a su amiga que es un tema relacionado con el peñón de Gibraltar. Si le interesa a los rusos seguiremos hablando. Tengo información que podría interesarles.

—Pongamos que puede interesarles. ¿Qué saca usted de todo esto?

—Dinero, obviamente.

Eso ya le pareció más coherente. No era la causa comunista la que movía al español, sino el dinero.

—¿De cuánto estamos hablando?

—Usted pregunte primero a su jefa qué le parece y luego ya hablaremos. Sólo debe saber por el momento que es un tema muy importante del que Franco va detrás desde hace muchos años. Y esa información que puedo proporcionar siempre será valiosa... para todas las partes.

—Buenas tardes, ¡qué alegría verte por aquí! —. En ese momento Bradley apareció como por arte de magia dándole un fuerte apretón de manos y

quedando a la espera de ser presentado al señor con el que estaba. Ella se quedó un poco cortada antes de reaccionar.

—¿Eh? Mira, este es el señor Carlos. El señor de la casa donde trabajo.

—Ah, ¿trabajas en una casa? —se hizo el nuevo, como si no lo supiera ya.

—Sí. Llevo poco tiempo. Mire, don Carlos, este es Bradley, mi profesor...de inglés, lo primero que se le ocurrió. Tenía que aprender a prever más este tipo de situaciones, siempre se quedaba en blanco a la hora de la verdad.

—Encantado.

Se dieron los dos hombres un fuerte apretón de manos.

—Muy buen trabajo el suyo con el idioma. Se ve que avanza a pasos agigantados —. Tras la conversación mantenida con el español la mujer percibió algo de sorna.

Carlos miró el reloj. —Yo me tengo que marchar ya. ¿Quiere que la acompañe a su casa, Mariángeles?

Ésta quedó dudando un segundo pero Bradley fue más rápido que ella. — Querida alumna, quédese y deje que le invite a otra cerveza. Así también puede practicar un poco el idioma, ¿qué le parece?.

—Muy amable, pero creo que debería irme a casa.

Sabía que acabaría quedándose con el escocés pero le pareció oportuno que le insistiera.

—¿De verdad que no se va a quedar a tomar la última con este humilde profesor? —Bradley juntó las manos en señal de súplica, mientras Carlos miraba expectante.

—Está bien. Una y ya está. Mañana le veo, señor —se despidió Angelines de su jefe. Éste se fue, no muy disgustado, a estas alturas debía tener claro que Bradley no era ni mucho menos su profesor, le convenía que se quedara a cerrar el negocio que se traía entre manos.

Bradley llamó al camarero con la mano y le pidió que le llenara a la señorita su cerveza mientras él pedía la primera.

Apoyó el codo en la barra mientras el camarero les servía como esperando que Angelines le diese explicaciones.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—Pues que qué hacías con el señor de la casa tomando unas cervecitas fuera del horario de trabajo.

—Y a ti qué te importa —sentenció con sorna. ¿Acaso estaría Bradley McDill celoso? Le gustó la idea.

—Desde luego que poco —dijo fríamente para disgusto de Angelines— a no ser que tenga alguna importancia para nosotros.

—Poca tiene —le confirmó, sobre todo por la rabia que sintió al obviar el juego de tongo que ella había iniciado y que de un plumazo se había encargado de anular.

—¿Nos sentamos mejor en una mesa? —preguntó él.

—Vale.

Se sentaron y ya en un ambiente más íntimo el escocés siguió con su ráfaga de preguntas para “la causa”.

—Y ¿has averiguado algo de interés o sólo te estás encamando con el señor de la casa por placer?

—No creo que llegues muy lejos por ese camino —dijo con rotundidad—. Que yo sepa no deberías cuestionar mis métodos para obtener información, ¿no?

—Ni me importan, obviamente —aunque Angelines interpretó lo contrario en su mirada.

—Mira, está bien —cambió radicalmente el tema—. Este hombre dice que tiene una información importante que darnos. Se lo tengo que comentar a Úrsula.

—¿Quién le ha proporcionado esa información?

—No lo sé. Es español y trabaja en la embajada. Dice que es sobre Gibraltar.

—No sé si a estas alturas la información que tenga que darte será importante. Hace sólo unos años sería crucial, pero ahora...

—¿Cómo sabe que estoy con vosotros?

—Creo que me puedo imaginar quién le ha dado la información —sopesó un momento—. Se lo comentaré a Úrsula y haremos lo que diga.

Por un momento se cruzó en su mente la gente del MI5 y pensó en si también la estarían vigilando, si tendría que darles explicaciones. Su corazón empezó a latir rápido, le ocurría en momentos puntuales, en los que se daba cuenta de la envergadura de todo aquello. En las traiciones de unos y otros, y ella en medio de todo. Algunas veces, como ésa, se veía muerta de repente. Miró a Bradley, tal cual, sin sentimiento, intentando disimular la marea de reconcomios que albergaba su corazón, pero él ya la conocía demasiado.

—¿Qué te pasa? —la pregunta fue arrojada a su subconsciente, no a ella. Por un momento sintió ganas de confesarse con él, contarle lo del MI5 y la encrucijada en la que se veía en ese momento, pero se acordó de cómo se deshizo de aquel cuerpo en el río y decidió no arriesgar. A ninguno de sus ¿amigos? les temblaría la mano en el momento de vengar una traición, ya se habían encargado de contarle lo de Trotski.

—No me pasa nada. ¿Es que tú nunca tienes dudas?

—No. ¿Sobre qué? ¿Sobre nosotros? —Angelines primero pensó que se refería a ellos dos, pero inmediatamente después tuvo claro que no, que se refería a la causa, y a todos ellos, pero decidió hacerse la tonta e ir por el otro camino. Le tocó la mano y le miró fijamente—. Ya me dejaste claro el papel de cada uno de nosotros en todo esto —decidió jugar a dos bandas en la interpretación de sus palabras también.

Él no dijo nada. Ella optó tras este momento por mostrarse más jovial y dejar ya las conversaciones trascendentales para otro momento... — ¿Y cómo es que has entrado a este local? Porque mira que hay sitios en Londres, ¿eh? ¿No me habrás estado siguiendo? —le tocó el hombro empujándole suavemente.

Tras un momento de confusión, Bradley se echó a reír. Parecía que le gustaba como le desconcertaba la española y decidió pedir otras dos cervezas, aunque no contestó a su pregunta. A pesar de ello, estuvieron joviales y bromistas durante un par de horas más. Al fin y al cabo, eran ya muchos los días que habían pasado antes juntos, trabajando, y esos momentos distendidos también se los merecían ambos. El tiempo pasó volando, hablaron sobre España, Escocia y los caracteres de los dos países. Al fin y al cabo al pelirrojo no le parecía que fuesen tan distintos. Le encantaba escucharlo con ese acento escocés tan rudo, de erres tan pronunciadas.

—¿Te puedo preguntar una cosa que me intriga? — soltó Angelines.

—Depende.

—¿Cómo termina un escocés trabajando en...? ya me entiendes.

Bradley miró hacia los lados cerciorándose de que nadie escuchaba, ¿comunista?.

Angelines asintió.

—Pues como todos, a través de Úrsula. Mi padre tenía un amigo, Alexander Foote, que solía ir de vacaciones a Escocia. Él fue el que le convenció para que me mandara a estudiar a Londres, y una vez aquí me puso en contacto con

ella para que entrara en el “equipo”. Tuve el honor de aprender bajo su directa supervisión.

—¿Pero crees en lo que haces?

A Bradley se le arrugó la frente por un momento, molesto se podría decir. —¿Tu qué crees? A los escoceses nos falta poco para luchar por una sociedad justa, después de la que nos dieron estos bastardos —un fugaz destello de odio en sus ojos acompañó sus palabras.

—Ya, pero hace muchos años, Bradley...

—No pretendas convencerme, Angie.

Cerca ya de las 10 de la noche, Angelines decidió que era el momento de irse a casa. No es que estuviesen borrachos, no habían bebido tanto, pero sí estaban en ese momento jovial y divertido que proporciona una copa de más. Ella se sentía segura y agarró a Bradley por el brazo nada más salir del pub.

—¿Me acompañarás a coger un taxi, ¿no?

—No, haré mucho más. Te acompañaré a casa.

Fueron dando un paseo tranquilamente por las ajetreadas calles de Londres como si fuesen una pareja cualquiera. Siguieron charlando sobre trivialidades de la vida. Se dio cuenta que él estaba alerta, por lo que se relajó durante el paseo.

Al llegar al portal, esta vez fue él quien preguntó — ¿me invitas a subir? Sólo una copa más y me voy. Lo prometo.

Angelines sonrió. Era de verdad lo que más le apetecía del mundo en ese momento. Sabía que no era una copa más y me voy, y le hacía falta el cuerpo de Bradley para acurrucarse en la noche y sentirse protegida, más allá de que ese cuerpo caliente pudiese llegar a ser, más adelante, su peor enemigo. Pero no iba a ser el día, así que con una amplia sonrisa le invitó a subir y tras beber una copa más fue Bradley el que tomó la iniciativa, y realmente fue mucho más sutil de lo que ella fue la primera vez, cuando se abalanzó sobre él la noche de su primera misión en la embajada austriaca.

Bradley, en un momento dado, le rozó la mejilla derecha con los nudillos de su mano y tras una hermosa y sincera sonrisa que estremeció a Angelines la agarró delicadamente por el cuello y la atrajo para sí. Ese fue el comienzo de una larga noche de sexo y ternura, sin palabras, de los que estaba más que necesitada y de los cuales supuso que Bradley no estaba menos falto. Terminaron durmiendo abrazados toda la noche. Ya amaneciendo, despertó al notar como Bradley liberaba su brazo de la espalda de ella. Decidió seguir

haciéndose la dormida, tapada bajo la manta, mientras él se vestía.

Se levantó cuando escuchó cerrarse la puerta. Se puso su bata y sintió varias sensaciones confusas y contradictorias. A pesar de la agradable, e incluso mágica noche, también estaba preocupada. Un desasosiego e intranquilidad la inundaban con la misma intensidad que la felicidad de la noche que había pasado entre los brazos del escocés. Nadie era de fiar allí. Instintivamente fue a mirar por la ventana de la cocina, que daba a la calle. No se veía mucho desde allí, era muy pequeña y sólo se vislumbraba la calle perpendicular a la paralela del British, es decir la opuesta a lo que sería la calle principal. Esperaba ver a Bradley doblar la esquina si cogía ese camino. Se resguardo en su bata y abrió la ventana. Sin embargo, en su lugar, lo que vio fue un hombre con gabardina apostado en una esquina ¿El MI5? ¿Los comunistas? ¿Españoles quizás? Cualquier opción era posible, incluso que no estuviera allí por ella, sino por él. Agudizó la vista y se fijó con más detenimiento, no estaba segura pero bien podría ser Thomas Jasper.

Al girarse hacia la habitación vio que Bradley había dejado en la mesa del salón una minipistola, junto a un elástico para sujetarla en la pierna y una nota “Te dejo la Webley para tu seguridad. Ya estás lista”.

Gibraltar confidential

Obviamente, a Úrsula le pareció bien que el marido de la señora Carmen le quisiese trasladar esa importante información sobre Gibraltar, por lo que Angelines tenía que negociar el precio y condiciones de la entrega de la documentación. Siguiendo el protocolo de comunicación, no muy sofisticado, que habían establecido a través de los dobleces de la chaqueta del hombre en su casa, quedaron para hablar en un quiosco frente al lago principal de Hyde Park. Allí podrían hablar tranquilos de los términos en los que se pasaría la información. Quedaron el domingo a la hora de misa, por lo que a pesar de lo concurrido del parque, se aseguraban de que ningún español de bien estaría merodeando por la zona y se pudiera extrañar con aquella entrevista.

Fueron caminando por la vereda paralela al lago.

—Dile a tu jefa que la información que tengo es trascendental para la situación estratégica de Gibraltar y, por ende, para el control del Mediterráneo. Por descontado, nunca podrían desvelar las fuentes, aunque eso está de más que lo diga, pero, por si acaso, mi precio no puede ser barato. Se trata de unos documentos que cuestionan la soberanía inglesa sobre el peñón y, claro, esa información es vital para, en caso necesario, chantajear a este país de mierda.

Angelines se sorprendió por el odio que parecía tener a los ingleses el hombre, aunque no lo mostró. —Ellos quieren ver, o al menos tener pruebas de esa documentación tan importante que dices tener. No van a pagar sin más.

—Claro, me lo imaginaba —sacó un sobre de la parte interior de su chaqueta—. Aquí está la prueba, la descripción y anotada también mi propuesta económica. Dile a la señora Beurton, que a mí no me va a engañar, que si todo le parece bien quedaremos en el sitio que ella diga dentro de dos domingos a esta misma hora. Creo que un par de semanas es más que suficiente para que los soviéticos sepan si están interesados o no. ¿No le parece?.

Angelines obvió contestar la pregunta y fue al grano. —¿Cómo tiene usted, siendo español quiero decir, tanta información sobre los rusos?

—Trabajo en la embajada española, señorita.

—Sí, lo sé. Pero no entiendo como tiene usted acceso a tanta información ajena a su país, disculpe mi sinceridad.

—Esto es un nido de espías. Nadie es lo que parece en esta época que

vivimos, muchacha.

No le gustó el aire paternal con el que se dirigió a ella.

—Con nuestra guerra civil, y luego la mundial, todo estaba claro, había buenos y malos según el bando que te hubiera tocado. Pero ahora todo es mucho más sutil, las ideologías van cambiando y el que ayer era de un bando, hoy es de otro sin comerlo ni beberlo. El capitalismo absorbió la ideología comunista y muchos quedaron atrapados en tierra de nadie con sus ideales democráticos, convulsionando entre el nuevo mundo y la justicia social. El comunismo ofrece un camino a los suyos, que sea el correcto es otra cosa.

Angelines se quedó pensando en esas palabras del funcionario y, cuando se despidió del hombre, fue a la primera cabina que vio a llamar por teléfono. Tres jadeos silenciosos y la cita estaba acordada. Vio que había llegado un hombre que esperaba para llamar por lo que hizo un poco de tiempo para que pareciera que la comunicación no estaba siendo establecida. Tras pelear con el teléfono unos segundos, salió de la cabina y fue abordada por el hombre. Era Thomas Jasper.

—Vaya, que pequeño es el mundo, ¿Cómo está usted?

—Bien gracias. Ya le recordé que le había visto antes en España. Tenemos amigos en común allí. ¿Lo recuerda?

—Es posible. Ya le he dicho que tengo amigos en todo el mundo —cambió radicalmente—. Me gustaría saber qué es lo que lleva usted en el bolso.

No podía ser que le hubiese estado vigilando a ella. Las palabras del funcionario retumbaron en su cabeza. Desde luego que nadie parecía lo que era. Con este hombre, por ejemplo, todavía no sabía dónde ubicarlo. Fugazmente le había visto en España, también aquel día de la fiesta en la embajada saludando a Bradley, su prima subiendo las escaleras del cuartel general del MI5...

—No tengo nada que le pueda interesar —dijo aligerando el paso.

—Pues yo creo sí.

Al doblar la calle había un policía controlando el tráfico. A punto estuvo Angelines de arrojarle hacia él y denunciar al hombre que la atosigaba, pero eso podría delatarla a ella también y terminar de vuelta en España. Cuando desaparecieron del campo de visión del agente, Thomas la agarró fuerte del brazo y le quitó el bolso con desprecio. Una señora que pasaba por allí miró inquisitiva a Thomas pero siguió su camino. Éste cogió el sobre del bolso y lo abrió. Contenía dos entradas. El hombre las miró por delante y por detrás.

Comprobó concienzudamente que no había nada anotado.

—Será mejor que no sigamos perdiendo el tiempo, ¿no cree?

—Sí, eso pienso yo. ¿Por qué no me deja en paz y así terminamos con esto?

—Está bien, de todas formas, esto me lo voy a llevar por si acaso, va a ser mejor así —se metió el sobre en la solapa interior de su chaqueta—. Un placer señora —y se fue por donde había venido.

Angelines suspiro y se marchó para el apartamento. Pensó que no estaba segura allí. Eran ya muchos los que sabían dónde se alojaba y ya empezaba a ser peligroso. También le comentaría aquello a Úrsula, aunque ya no tenía nada que mostrarle.

Al día siguiente se vieron en el lugar acordado. La alemana la saludó efusivamente y fueron a tomar un refresco a un conocido y concurrido pub del centro como venía siendo costumbre.

Angelines le relató los hechos del día anterior, que Úrsula escuchó atentamente pero sin decir nada y luego le comentó también su inquietud sobre el apartamento, aunque evitó nombrar a los del MI5. No estaba la comunista muy comunicativa, absorbida por sus propios pensamientos. Sin embargo, cuando terminó de exponerle todos los hechos e inquietudes decidió que se trasladarían al garaje a ver a Bradley.

Llegaron, y a Angelines le pareció que había un silencio más pronunciado de lo habitual. Nunca había ruido, eso era verdad, pero notó como un ambiente casi místico que no sabría explicar.

Cuando Bradley abrió se estaba frotando los nudillos como si los tuviera doloridos. Cual fue la sorpresa de Angelines al encontrarse a Thomas atado en una silla, con la cara amoratada y sangrando por la nariz. A estas alturas ya no se cuestionaba nada.

Úrsula y ella pasaron por delante como si aquel hombre no estuviera allí. La primera ni lo miró, pero Angelines no pudo evitar echar un vistazo de soslayo y percibir que él al menos las intuyó por una fina ranura brillante del ojo que tenía menos amoratado. Le pareció que se encontraba en una delgada línea entre la locura y el desmayo. No querría verse en su lugar.

Llegaron a la pequeña oficina y Bradley cogió unos papeles que había dejado en una mesa. Eran las entradas que le había dado el español. Por lo visto, tenían un mensaje secreto. Estaban húmedos y tras haberlo mojado en una especie de tinte azul con agua que tenía Bradley encima de la mesa, había

aparecido un mensaje. Úrsula lo leyó.

—Está bien. Angelines, dile al funcionario que aceptamos relativamente su oferta. Debe ser importante a la vista de los acontecimientos. Sin embargo, no estamos de acuerdo en el precio. Sacó una fotografía de un cajón y apuntó un número.

—Esto es lo que podemos dar —díselo así. Le entregó la foto sin más y la metió en su bolso. Era una foto de estudio de una madre y su hija, que podrían ser la hermana y sobrina de cualquiera de ellos.

—Yo debo quedarme aquí. Tú vuelve al centro. Ya hablaremos otro día de lo del apartamento. Gracias.

Y eso fue todo. Volvieron a pasar por delante del amordazado Thomas como si no estuviera y Angelines cogió el taxi que la llevó de vuelta a Londres, mientras pensaba en los asuntos que Úrsula tendría que tratar con Bradley.

Cuando volvió al trabajo, se encontró otra chaqueta del señor Carlos preparada para coser. Insertaría la foto en medio. Ya le diría el mensaje en cuanto tuviese ocasión. No comentaron nada al respecto de la chaqueta pues su mujer podría empezar a sospechar. Al otro día tendría la chaqueta de nuevo para coserla, esta vez ya en serio una vez extraída la información, así que la cosa era dejarla casualmente sin tocar hasta el día siguiente.

La cita

Era la última palabra. Así se lo transmitió Angelines a su supervisora después de tener el último encuentro para hablar de ello. O aceptaba esa cantidad o no había trato. Por su parte el español había amenazado con vender lo que tenía a otros compradores, pero Úrsula no se mostraba excesivamente preocupada por ello.

—Tampoco se acaba el mundo porque no dispongamos de ese documento. A ver si se va a creer el hombre que tiene el elixir de la eterna juventud o algo por el estilo. Que nos viene bien hacernos con la información no lo voy a negar, pero de ahí a que Moscú apruebe lo que nos pide... ¿Estamos locos, o qué?

Hablaban en la nave de las afueras, donde no había ni rastro de Thomas, y Angelines tampoco preguntó. Bradley estaba apoyado en la pared, tenía una mano vendada, seguramente dolorida por “el trabajo” y se miraba las uñas de la otra aparentemente despreocupado ante la conversación.

—Quizás podemos tenerlo todo —dijo el escocés.

—¿Qué es lo que estas pensando?

—Deberíamos hacerle creer que nos tiene en sus manos y luego dejarlo con un palmo de narices. Ya me entiendes.

No tardó mucho en decidir la jefa. —Está bien, organízalo y cuando lo tengas claro me lo comunicas.

Bradley hizo el gesto del pulgar hacia arriba en señal de estar de acuerdo.

La conversación no dio más de sí aquel día.

Finalmente, el día acordado para la reunión, Angelines llegó a la casa de la señora Carmen y el hombre se disponía a salir. Le dijo a su mujer que no le esperase para comer que tenía una reunión y miró fugazmente a Angelines. Había quedado con los rusos a las 4 en algún punto de las afueras de Londres que ni siquiera Angelines sabía, porque no conocía el lugar ni se había interesado por él. De repente, pensó que bien podía ser aquel sitio donde se había deshecho del cuerpo del checoslovaco al principio de su llegada a Londres y se estremeció al pensarlo. Efectivamente, esa fue la última vez que vio al funcionario.

Cuando llegó al día siguiente se encontró a Amina ajetreada y la señora Carmen con un ataque de ansiedad en el salón, al borde del desmayo. Al parecer su marido no había vuelto a casa a dormir y eso era prácticamente

imposible que sucediera. Bien podría pasarles a otros maridos que se iban de parranda por los tugurios y terminaban la noche en antros de mala muerte, pero a su marido no.

Amina le comentó susurrando que eso no era del todo cierto. Que alguna noche al señor se le había ido la mano con la bebida y había llegado al día siguiente. Así que en realidad las sirvientas esperaban que el hombre apareciera de un momento a otro con cualquier excusa barata para echarse a dormir. Pero eso no pasó. Cuando Angelines terminó su jornada el hombre seguía sin aparecer y la inquietud en la casa era ya muy palpable. A última hora llegó la amiga de la señora, Cuca, para ver si podía ayudarla en algo y le dijo que la embajada ya se había puesto en contacto con las autoridades británicas para buscar a su marido. Cuando escuchó aquello, por un momento pensó en alertar a los comunistas, pero finalmente optó por mantenerse al margen. Ya irían sucediéndose los acontecimientos, y Carlos llegaría en los próximos días amoratado y sin cartera.

A los tres días de desesperación la policía se presentó en la casa y fue Angelines la que abrió la puerta. Se encontró a una mujer y un hombre, que resultó ser uno de los dos que le habían hecho acompañarle aquel día al cuartel general del MI5.

—¡Vaya, qué sorpresa! —dijo nada más aparecer—. Siempre está usted al pie del cañón—. La mujer policía le miró extrañado pero, por suerte, nadie más escuchó en la casa aquel comentario.

—Queremos ver a la señora de la casa —dijo la mujer. Angelines les acompañó hasta ella, y no tuvo más remedio que hacer de traductora, ante el nivel más bien bajo, de inglés de los allí presentes. La cocinera justo le acababa de llevar un caldito a su señora, y se esmeraba en convencerle de que debía de comer algo.

—Buenos días, señora. Venimos a hacerle unas preguntas, será necesario para intentar encontrar a su marido —la primera en hablar fue la mujer—. ¿Alguna vez había faltado de la casa antes en las mismas condiciones? —Angelines tradujo pertinentemente.

—Bueno, alguna vez, como hombre que es, se le ha ido un poco la mano con la bebida y ha llegado tarde. Pero claro, después de alguna recepción en la embajada y cosas así. No como ayer.

—¿Sabe usted con quién había quedado? —al traducir esto Angelines se dio cuenta que el hombre del MI5 la miraba fijamente pero siguió a lo suyo.

—No, sólo me dijo que comería fuera. Qué iba a saber yo —soltó un alarido—. Mi marido es un hombre importante, ¿sabe?. Tiene muchas reuniones a lo largo del día y queda con mucha gente —se puso a llorar amargamente, mientras la cocinera y la sirvienta la tranquilizaban. Llamaron a la puerta y Amina fue a abrir. Eran cinco amigas de la señora, incluida Cuca, que venían a consolarla.

Los agentes, al ver que poco más iban a sacar de ahí, y que doña Carmen poco sabía de las idas y venidas de su marido, decidieron despedirse y seguir con la investigación.

La mujer policía tocó el hombro de la señora. —No se preocupe, haremos todo lo que esté en nuestra mano para encontrar a su marido.

—Thank you, thank you— dió un nuevo alarido tras la traducción de Cuca, que al parecer también sabía algo de inglés, y ésta le acercó un pañuelo mientras empezaba ya con sus amigas pre. sentes, a llorar desconsolada.

Angelines les acompañó hasta la puerta.

—Que tengan un buen día.

El hombre dijo las últimas palabras. —Espero verla en el Nag Head mañana a las cinco. Buenos días.

Angelines volvió al salón donde se agolpaban todas las mujeres y se las encontró despotricando sobre la poca seriedad que le habían dado al caso las autoridades británicas al haber nombrado para ello a una mujer policía. Que era una falta de respeto, decían.

Se dirigió al cuarto vacío de la hija de los señores para ir cosiendo alguna ropa de la señora mientras hacía tiempo en medio de la angustia de la desaparición y cuál fue su sorpresa al encontrar una chaqueta del desaparecido que no había sido dejada el día anterior. A no ser que él hubiese vuelto más tarde y la hubiese dejado allí.

Toco los dobladillos pero no notó nada, luego miró los bolsillos, y ahí sí, había unos pocos papelillos de fumar sueltos, junto a restos de tabaco deshilachado y un mechero. Se los guardó en su bolso, que siempre dejaba allí y salió hacia la cocina donde la sevillana preparaba una olla grande de caldito de pollo para pasar el día.

Cuando terminó su jornada laboral se fue al apartamento, usó algo de líquido tal como aparecía en la novela de N or M y como le había enseñado Bradley, y pudo ver el mensaje cifrado.

En el Támesis

Tres días tardó en aparecer el cadáver de don Carlos flotando en el Támesis. Al parecer se había suicidado con una cuerda tirándose por un puente y se había roto el cuello. En algún momento la cuerda cedió y el cuerpo vagó sin rumbo por el río hasta que unos niños lo vieron y avisaron a la policía. Esa fue la versión oficial de la policía.

La señora estaba destrozada y sus amigas y demás personas de la embajada iban y venían a acompañarla en el sentimiento, por lo que la casa estuvo ajetreada durante unos días. Especialmente intenso fue el día que el propio embajador y su mujer fueron a verla. A juzgar por su comportamiento, más bien distante y ajeno a la situación, con una actitud protocolaria de consideración con la familia de un empleado, el señor posiblemente no era tan importante como decía su mujer. Llegaron también de Madrid los hijos de la señora, que fueron los que se preocuparon de ir y venir al depósito de cadáveres, a la embajada y demás oficinas británicas y españolas, lugares a los que tenían que ir para arreglar la documentación y poder trasladar el cadáver a su Valladolid natal. Cosa que por fin sucedió siete días después de que se encontrara el cuerpo. Todos se trasladaron a España y dieron las llaves a Angelines para que le echara un vistazo a la casa de vez en cuando y la tuviera ordenada y limpia. Los hijos de la señora le dieron instrucciones precisas para que pusiese en el despacho todas las cosas del señor, lo más recogidas posible, de manera que cuando volvieran no se le hiciera insoportable a su madre encontrarse todo dispuesto como si el finado aún estuviese presente.

No fue hasta la siguiente semana cuando quedó con Bradley para ponerlo al día de los acontecimientos. Tenía muy presente la visita que debía hacer al MI5 en unos días y escuchó atentamente la información que le dio sobre los dos agentes que visitaron a doña Carmen para informarse de los hechos. Éste le comentó que aquella mujer era la primera jefa de policía del país, missis de Vitro, y sabía de la confianza que tenía puesta en ella el director de seguridad, por lo que habían considerado el caso importante. Bradley intuía que el hecho de que participara ella en el caso hacía sospechar al MI5 de que había mujeres implicadas, pero no dijo nada.

Bradley siguió escuchando atento con sus ojos clavados en ella. Tampoco hizo el menor comentario al desgraciado accidente de don Carlos, aunque era

obvio que él tenía algo que ver. Angelines percibió que le estaba escuchando como mero trámite para luego hablar del quid de la cuestión. Aunque a ella no la tuvieran demasiado en cuenta decidió ir al grano.

—Y al menos, ¿quedasteis satisfechos sobre la información que os dio este pobre hombre?

—Más o menos. Él también había tomado sus precauciones y no trajo toda la documentación consigo.

—Necesitamos que sigas tratando con la familia del de la embajada, a ver si podemos sacar algo más en claro.

La carta

Siguió encargándose durante aquellos días de recoger las cajas del pobre funcionario y depositarlo todo en el despacho. Por suerte esta encomienda le daba margen para poder buscar y rebuscar por todo el despacho alguna pista de la documentación que se había comprometido en dar a los rusos, pero no encontraba nada. Papeles sin importancia, facturas con el encabezado del régimen y poco más.

Decidió mirar documento por documento y libro por libro, amontonándolos todos en el suelo y volviéndolos a colocar de uno en uno nuevamente en las estanterías para cerciorarse bien de que lo que buscaba no se encontraba en aquella habitación. Por fin, entre las páginas de un volumen de historia de Pío Baroja, encontró lo que estaba buscando. Una carta manuscrita de Francisco Franco fechada en 1935, antes de la guerra civil al obispo de Gibraltar, solicitando una reunión para poder tratar un tema trascendental para ambos países, junto a otra hoja con extraños símbolos, también firmada. No cabía la menor duda de que era eso lo que iba a venderles don Carlos.

Estaba sumergida de lleno en los papeles cuando oyó la puerta abrirse de golpe y pasos apresurados dirigirse hacia el estudio, sin apenas tener tiempo de reaccionar se quedó como estaba de rodillas, rodeada de libros. Sólo le dio tiempo de doblar y guardar el folio con las extrañas figuras, y metérselo en la faja. La carta de Franco la tenía en la mano.

—Ahí está. ¿Lo ven? Algo está buscando.

Era Amina la que le señalaba inquisidora a los dos hombres que le acompañaban.

—El señor don Carlos me avisó de que, si algo le pasaba, había que vigilar a Mariángeles, que no era de fiar.

—¿Qué está haciendo usted, señora?

Angelines dejó la carta en el suelo y se levantó, mostró las palmas de las manos hacia adelante, en señal de indefensión.— Nada, sólo lo que me ha mandado la señora, recoger el despacho del señor. Más bien lo había revuelto, así que no parecía para nada convincente.

—Acompáñenos a la embajada, por favor.

Angelines se estremeció, todo era soportable menos volver a España.

—Disculpen, pero no entiendo por qué. ¿Estoy detenida?

—No exactamente. Sólo queremos hacerle unas preguntas.

Pensó que no debía ir allí. Mientras estuviera en suelo inglés no podían detenerla, pero si llegaba a la embajada, una vez allí, no le quedaba tan claro.

—¿Y qué pasa si me niego?

—Va a ser mejor que no se niegue, ¿no cree?

Uno de ellos se adelantó, cogió el papel del suelo, lo ojeó y la cogió por el brazo. Ella se resistió momentáneamente pero seguidamente decidió cooperar, desde el edificio hasta el coche tenía que pensar algo. El hombre entregó la carta al otro funcionario, que la observó detalladamente y, tras hacer una mueca de extrañeza, se la guardó para sí.

Por suerte no hizo falta. Nada más bajar las escaleras entraban dos policías ingleses que habían sido alertados por los vecinos, cosa sorprendente si tenían en cuenta que no había habido hasta el momento un alboroto que se pudiese considerar digno de alertar a nadie. Angelines pensó que Bradley estaría detrás de esa llamada. No sabía cómo, pero siempre parecía estar vigilando cuando lo necesitaba.

—¿Qué está pasando?

—Me quieren llevar detenida a la embajada española sin pruebas de nada, señor —se adelantó a decir Angelines.

—Tenemos una testigo —señaló uno de los hombres a Amina — que dice que esta mujer puede estar detrás de la muerte del español que apareció flotando en el Támesis hace unos días.

—En ese caso, serán las autoridades británicas las que deban analizar la situación, ¿no cree? En caso de poder confirmar lo que dicen será entregada a las autoridades españolas, no le quepa la menor duda.

Finalmente, los policías ingleses se llevaron a comisaría a Angelines y Amina, pero pronto apareció el MI5 para hacerse cargo de la situación. Concretamente los dos agentes que parecían llevar el caso de Angelines. La llevaron a una habitación a solas.

—¿Hace falta que la registremos o va a decir algo coherente? Según la sirvienta, el señor la puso en alerta de que usted no era, ¿cómo decirlo?, trigo limpio.

Por un momento, Angelines decidió que era mejor salir al paso que terminar de vuelta a España, con un juicio y con un marido indeseable. Ya se las arreglaría luego con los comunistas.

—Está bien, os diré lo que estaba haciendo. Estaba buscando una información, pero era para dárosela a vosotros, para que vierais que no tengo

nada que ocultar y que quiero favorecer a Inglaterra, aunque tenga amigos exiliados bajo sospecha. Yo sólo quiero vivir tranquila.

Se levantó la falda y sacó el papel que le quedaba, el de los extraños símbolos y coordenadas.

—Y esto, ¿qué diablos es?

—Es una especie de mensaje secreto. Estaba junto a una carta del general Franco al obispo de Gibraltar en 1935, avisando de que tenía una importante información.

—¿Qué estás diciendo?

—El señor don Carlos me lo contó un día, no sé por qué. Supongo que Amina también lo sabía, ¿no? Enseguida me puse a buscar los documentos para entregarlos y demostrarles mi lealtad. Lo juro.

Los agentes la miraban incrédulos. - ¿Y no es un poco raro que haya acabado flotando en el río?

—En eso sí que no les puedo ayudar, quizás le pueden preguntar a la sirvienta, puede que ella sea la que sepa algo, y esté intentado despistar— así de resuelta se había vuelto Angie.

—¿Ha compartido usted la información con alguien más? ¿Sus amigos del Este, por ejemplo?

—¿Por quién me toma?

Tras una mirada cómplice ambos, agentes salieron de la habitación. Finalmente entró sólo uno de ellos.

—Está bien. Puede marcharse, pero no abandone la ciudad.

Al salir se encontró a Amina cara a cara. Se veía el miedo en su cara, creería que iba a quedar como una heroína de cara a su señora, que estaría eternamente agradecida. Las rencillas entre el personal del servicio traían más quebraderos de cabeza que su relación con los señores. ¡Cuánta envidia insana! Menos mal que ella estaba muy por encima de todo aquello. Se limitó a mirarla descaradamente a su paso, sin ningún tipo de expresión o sentimiento hacia ella. Nada.

TERCERA PARTE

La detención

A media mañana llamó Bradley a la puerta. Sabía que era él por su peculiar forma de tocar, suave pero constante, algo así como “es importante pero no quiero llamar la atención”.

Nada más abrir, entró apresurado y cerró la puerta, pegando su espalda contra ésta y suspirando antes de hablar.

—Van a detener al científico.

—¿A Fush? —gritó Angelines sin miramientos dejándose llevar por la sorpresa.

— Shhh, calla.

—Perdona. ¿Y Úrsula?

— Por eso. Tenemos que ir a avisarla.

—Está bien. Un segundo —Angelines se dirigió al dormitorio donde tenía el abrigo. Por la noche se lo había echado también encima de la cama porque pasó bastante frío. Estaba ya entrado el otoño. Y cogió también su bolso y su sombrero, que estaban en el perchero.

Cuando llegaron a casa de Úrsula ésta ya lo sabía.

—Ése va a largar —dijo apesadumbrada. Creedme, le conozco muy bien. Miraba a Bradley fijamente. La complicidad entre los dos era tal que Angelines se sentía abrumada.

Los niños mientras jugaban alborotando por toda la casa.

—De todas formas era algo previsible— continuó la alemana—. Sabemos que nos llevan pisando los talones desde hace algunos años. Por suerte, algunas cosas han salido bien— sonrió satisfecha por el trabajo —. Si no cómo hubiesen hecho nuestros compatriotas el primer ensayo atómico hace apenas unos meses.

Bradley y Angelines acompañaron su sonrisa. Se sabía que los rusos ya habían probado su propia bomba atómica. Lo había visto en la prensa. Pero que su grupito de “amigos” de Londres tuviese algo que ver no se lo había planteado. Por eso todo aquel batiburrillo científico de Letti y Fush. Ahora encajaba todo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Bradley con preocupación.

—Irme. Hablaré con mi hermano y nos iremos a Berlín.

Sin más. Angelines sólo percibió un atisbo de preocupación y una nostálgica mirada hacia los niños por su parte—. No creo que a vosotros os

comprometa la situación. A ti no te conoce —se dirigió a Bradley— y de ti, Angie, no creo que conozca ni siquiera tu nombre. El pobre Fush tiene mucha retentiva para los números y muy poca para las relaciones sociales... Necesitaré una semana para organizarlo todo. Mi marido ya ha ido a ver como (lleva tilde) salgo del país y todo el tinglado que habrá que montar. Ya nos habíamos acostumbrado a vivir aquí... Te conozco desde que eras un adolescente— sonrió a Bradley. Os voy a necesitar a los dos.

Vais a tener que encargáros de las pocas cosas que nos quedan por hacer aquí. Angelines, tendrás que intentar acordarte de lo que ponía en aquellos papeles que entregaste. Creo que están haciendo movimientos al respecto, y no está de más tener información con la que poder sobornar. Cuando lo tengas, házmelo llegar, —tras unos segundos dudando acabó la frase— a través de Letti.

—Bradley, ya sé que lo harás, pero intenta adelantarte a todos los movimientos del MI5, ahora más que nunca.

De vuelta a Londres apenas hablaron. Iban los dos ensimismados. Bradley conduciendo y Angelines mirando el paisaje por la ventana del coche.

—A lo mejor Fush no dice nada y Úrsula no se tiene que ir —dijo la española de repente.

—Parece que no la conoces. No va a correr el riesgo, si dice que se va, se va. Los días están contados. Si está tan segura, es posible que no falle en sus predicciones.

Llegaron a la ciudad y Bradley paró un momento el coche en la calle principal del British Museum para que la mujer se bajara. Ésta le habló sin titubeos —Podrías venir a mi casa.

Él la miró con una sonrisa sexy, que aunque Angelines no reconociera ni para ella misma, le volvía loca. Si no de qué iba a haber hecho semejante proposición.

—Quizás otro día. Hoy tenemos mucho en lo que pensar.

Ella le devolvió la sonrisa, altiva y empezó a andar hacia el apartamento altanera, sabiéndose observada por él mientras cruzaba la calle. Estos comunistas piensan demasiado, era lo que iba cavilando para sí.

Bye, bye London

Finalmente, los días que tardaría Úrsula en irse se convirtieron en meses. El científico fue detenido y había reconocido su culpa como espía pero no había delatado a nadie. Eso daba margen para la fuga de la alemana, aunque tampoco podía tardar mucho más, porque tanto ella como el MI5, todos, sabían que era cuestión de tiempo que confesase.

Por otro lado, habían tenido filtraciones en torno a Philby y Burgess, que estaban en Washington. Bradley había descubierto que estaban también en el ojo de mira del MI5, a punto de caer. En Estados Unidos habían descifrado algunos códigos de los mensajes con los rusos y manejaban varios nombres en clave. Sabían que pronto darían con ellos. Era el momento de mantenerse al margen por un tiempo. Ya habían avisado a Letti y Svetlana que suspendieran cualquier actividad de comunicación con cualquiera de ellos.

Angelines sabía que no iban a poder despedirse de Úrsula.

Las Navidades las pasaron sin apenas contacto debido a los acontecimientos. Londres estaba engalanada en fechas tan señaladas y como era propio del año, Angelines se acordaba mucho de su madre y sus amigos. No tenía nostalgia por volver. Ni un poco. Sentía que se estaba endureciendo por días. La necesidad de contacto físico y emocional iba desapareciendo, pensaba, en su corazón como recubierto con un callo que se había vuelto insensible. No sabía si algún día se cuartearía y las grietas comenzarían a salir, con dolor, pero en esas fechas, con todo lo que conllevaban, se había vuelto insensible. No obstante, su madre era su madre y le mandaría una cariñosa postal de Navidad para que no sufriera.

Fue el día que se dirigía hacia el buzón a echar la postal a su madre, cuando se encontró a Letti con su marido, que estaban haciendo compras por el centro.

—Hola —dijo la inglesa graciosamente en español.

—Letti, ¿qué tal estás? —le dio la mano.

—Mira, éste es mi marido Hilary. Esta es una chica que vino a hacer una entrevista de trabajo a la oficina. Es española.

—Encantado —dijo el marido dándole la mano cordialmente.

Angelines advirtió enseguida la cara de Letti que decía “No hables ni una palabra”, pero también esta intuyó la necesidad de Angie de hablar con ella.

—¿Sabes qué? Me apetece tomar un té —dijo como pensativa—. ¿Le

apetece uno y así le explico un poco mejor como puede usted optar a un trabajo en mi país?. Querido, ¿por qué no te acercas tú a comprar los últimos detalles para la cena de mañana, y cuando termines te unes a nosotras?

Se fueron las dos a un restaurante de un hotel cercano. Los hoteles le gustaban mucho a los espías, más que los pubs. Allí siempre había gente de paso y nadie reparaba en ellos. No como en los restaurantes, que podían tener una clientela más fija, o unos dueños o trabajadores curiosos que podían sospechar o atender a las conversaciones más de la cuenta. Los hoteles eran zonas neutrales, nadie sabía de dónde venías ni a dónde ibas, ni le importaba. Estabas en tierra de nadie.

—Úrsula me encomendó que le trasladase una información en cuanto la tuviera, pero no sé cómo hacérsela llegar desde que dio la orden de que cortáramos las comunicaciones.

Había estado pensando durante meses en el documento que encontró en la casa del funcionario que había acabado entregando al MI5. Por fin había hecho un borrador más o menos exacto de lo que creía que contenía, pero entonces Úrsula había prohibido totalmente cualquier tipo de contacto entre todos ellos hasta nueva orden.

Le explicó a Letti los símbolos y números que aparecían en el papel.

—Conozco a alguien que nos podrá ayudar para interpretar lo que pone y hacérselo llegar a Úrsula. Pronto tendrás noticias mías.

Estuvo mirando esos números y símbolos sin entender nada. Una y otra vez los analizaba y aparentemente eran simplemente unas extrañas fórmulas matemáticas. Se fijó una última vez intentando explicarse por qué eran tan importantes. No lo conseguía. Finalmente los volvió a dejar en la carpeta resignada. Al día siguiente se lo entregaría a Letti, aunque seguro que pondría la misma cara de escéptica que ella. Al menos, pensaba que si le pasaba como a Burgess y se le esparcían todos por el suelo podía tener claro que, a no ser que hubiese por allí un científico, nadie iba a entender nada.

Se levantó temprano y se encontró una nota en la puerta. Alguien la había metido aquella noche por la ranura. “Hola. Quedamos mejor en el Mall junto al monumento a la Reina Victoria. Daremos un paseo hasta el palacio real con un buen amigo que entiende de arte. ¡Disfruta la visita!”. Por lo visto al final había cambio de planes y vendría alguien más.

Era una mañana gris de llovizna así que, sobre su traje de dos piezas verde oscuro, se puso su gabardina impermeable, del mismo tono que el día,

reforzada con un paraguas negro por si llovía fuerte, o tenía que usarlo como defensa. Acompañaban aquel conjunto unos zapatos de medio tacón, cómodos para la gran avenida, (no vio necesario utilizar tacones ya que llevaba el paraguas por si acaso y la nota apuntaba a que irían de paseo).

En el bolso llevaba varios documentos para disimular, hechos un tubo amarrado con una cuerdecilla (era mejor que la carpeta por si se mojaban) y las cosas típicas de una mujer normal: billetera, documentos y maquillaje de retoque. Abrió el cajón de la mesilla y miró la pistola. Desde que Bradley se la dio la había tenido allí, como si no existiera. Sin embargo, este último cambio de planes la perturbaba. No lo pensó más y la cogió. Comprobó el seguro y la sujetó con el latiguillo que le había dado para poner junto al cierre del ligero, usando éste por fuera como medida de seguridad. Salió a la calle notando el arma en su pantorrilla y con un sentimiento confuso entre miedo y seguridad.

Llegó al arco y estuvo esperando un rato. El monumento a la reina Victoria, “Victoria Memorial” en inglés, estaba situado al final del Mall, la gran avenida ubicada principalmente en Saint James Park. Lo había visto de pasada en algunos paseos que había dado por la ciudad desde que llegó. Alguna vez había pasado por los alrededores, pero no había llegado, ni mucho menos había visto, la gran avenida que se escondía tras él. Se entretuvo mirando los vanos y símbolos iconográficos desde un lateral de la entrada del parque.

Pasados unos diez minutos apareció Letti, que saludó con la mano acompañada de un señor larguirucho con aire despistado. Ella esperaba que la que apareciese fuese Svetlana, o mejor aún Bradley, pero no fue así.

—Este es el señor Blunt, es especialista en arte y nos ayudará a interpretar los símbolos.

—Angelines puso cara de espanto, buscando la explicación de Letti antes de darle la mano a aquel hombre.

—Tranquila —se limitó a decir Letti.

Le entregó el papel al señor Blunt, que lo metió en una carpeta llena de dibujos de piezas de arte que había traído oportunamente al encuentro. Tras un breve paseo por la avenida, para evitar cualquier dato si los estaban siguiendo, se despidieron y concretaron que le pasarían la información directamente a Úrsula, para evitar tanto intermediario.

Sonaron tres jadeos en el teléfono y fue al pub con la vestimenta adecuada.

La persona de contacto no era otra que el marido de Úrsula. Le contó que Úrsula había escapado. Cogió un avión para encontrarse con su hermano en Berlín. Len Beurton se había quedado un poco más en Inglaterra para terminar algunos asuntos pendientes, entre otros el tema del documento que habían pasado a Blunt, aunque oficialmente no había podido irse aún por haber tenido un accidente con su inseparable motocicleta.

Pero ya estaba bien y no podía seguir arriesgando.

—Necesitamos que te reúnas con nosotros en Berlín. Cuando este todo preparado te haremos llegar los documentos, el lugar y la fecha. Puede ser en cualquier momento, así que debes estar preparada.

Eso fue lo que le trasladó el convaleciente señor Beurton.

¿Ahora qué?

Abrió una botella de vino español y se sentó en el alféizar de la ventana que daba al tragaluz del edificio viendo caer la lluvia. Esa ventana tenía casi siempre la cortina corrida para que los demás convecinos no pudieran husmear lo que pasaba dentro. Era por seguridad, le dijo una vez Zoya, y en realidad ella no creía que en el modelo de vecindario en el centro de Londres, en un barrio principalmente de empresas y oficinas, hubiese mucha gente husmeando por allí. Miró desde su ventana el resto, que se veían oscuras y vacías. No, no había nadie vigilando si aquella cortina se podía descorrer y apareciese una espía *soviética*, mirando por la ventana.

Miró el cajetín que le había dejado Letti con los aparatos de radio en el salón y se volvió nuevamente a la ventana. Suspiró. — ¿Ahora qué? — se dijo. La embargaba el desasosiego ante un futuro incierto que no había sentido la primera vez que escapó. Cuando huyó de España sólo quería salir corriendo, salir de la vida atterradoramente infeliz que le proporcionaba aquel maltratador. Ahora era distinto, tenía que huir por causas de fuerza mayor de una vida en la que empezaba a sentirse cómoda.

Bebió un poco de vino y recordó aquella lluviosa mañana de noviembre en la que llamó a la puerta de Philby con el nombre y la dirección de “Stanley” escrita en un papel. Sus sienes se estremecieron y dos lágrimas corrieron por sus mejillas. Finalmente salió del enmarcado de la ventana y se deslizó por la pared hasta golpear su pecho con las rodillas, dejó el vino con cuidado en el suelo y se puso a llorar amargamente. Necesitaba descargar y se dio cuenta de que era la primera vez que lloraba, lloraba por todo. Lloraba por primera vez desde que dejó su país y lloró porque tenía que dejar el país que la había acogido y lloró sin saber por qué lloraba. Lloró por todo y por nada. Cuando terminó dejó la copa de vino en el fregadero de la cocina y se fue a dormir.

Cuando se despertó por la mañana estaba estupendamente, se sentía plenamente descansada y decidida a hacerse cargo de la situación. No importaba nada. Zoya le había dicho que tenía que ir siempre por delante de las situaciones. Sabía lo que iba a hacer. Recogería sus pocas cosas y se iría a Alemania. En Londres ya poco podía esperar, más que la detuvieran y que la mandaran de vuelta a España. En Berlín seguiría al servicio de Úrsula y comenzaría una nueva vida, otra más. Así de simple.

Cogió el maletín de la radio que la alemana le había hecho llegar antes de

huir y lo montó. Luego mandó un mensaje a los rusos como le había enseñado Úrsula, novela de “N or M” y claves en mano. “Dispuesta a viajar a Berlín” stop. “Espero instrucciones en 5 horas”. Esperaba haberlo hecho bien, había seguido todo el protocolo tal como le habían enseñado.

Luego cogió un taxi y se dirigió a la nave. Sabía que encontraría allí a Bradley entrenando, como de costumbre. Siempre tan profesional. Siempre allí. ¿Tendría vida más allá de aquel garaje a las afueras?

Llamó al timbre y esperó el tiempo suficiente para que el hombre se cerciorase de que era ella. Abrió, vestido sólo con sus calzones negros, sin camiseta y una toalla blanca con la que se secaba el sudor sobre los hombros. Olía a sudor, algo dulzón. Angelines reconocía ese olor, había estado un par de veces saboreando ese sudor y no le desagradaba para nada.

—Estás entrenando, por lo que veo.

—Sí. ¿Ha pasado algo? —Bradley no negaba su sorpresa a verla allí. Miró alrededor por si hubiese alguien más, aparte del taxi negro que esperaba a unos metros de distancia.

—Me voy a Alemania.

Pasaron unos segundos en los que el hombre la miraba fijamente. Impasible. No podría descifrar cuál era su sentimiento al respecto.

Ella, al contrario, esperaba una respuesta.

—¿Cuándo? —preguntó al fin.

—Estoy esperando instrucciones. No creo que te vuelva a ver en una larga temporada.

Entonces, sin mediar palabra, la atrajo para sí y la agarró entre sus brazos besándola primero en la sien y poco a poco fue bajando con sus labios hasta los suyos pellizcándole el mentón. —Te voy a echar de menos, pequeña.

—Te creía más duro que eso —susurró Angelines. Le asió con las dos manos las mejillas y le dedicó una bonita y sincera sonrisa para terminar besándose una vez más.

Era lo más franco que se llegarían a decir. En esa profesión siempre estaban a la defensiva, a medias tintas, no se podía perder el control o estabas muerto. Quizás hubiesen querido dejarse llevar y hacer el amor entre susurros de “te quiero” o “no te olvidaré jamás”, pero ése no era su estilo. Desde luego, no el de Bradley, y ya cada vez menos el de Angelines. Ésta le devolvió la sonrisa sabedora de que era lo máximo que podía esperar de él.

—Antes de irme, me gustaría que me contarás cuál es tu secreto para ir por

delante del MI5. ¿Conozco a tu contacto?. Es por curiosidad...

—Oh, sí, no tiene ningún misterio. El señor Jasper tiene grandes influencias y se mostró muy cooperador. Él era un doble agente, pero entre el Reino Unido y España, así que no ha tenido inconveniente en jugar a tres bandas, después de nuestro encuentro en este mismo garaje.

Angelines siguió sonriendo, lo mismo era un perfecto caballero que un matón del tres al cuarto, capaz de matar sin inmutarse. No le extrañaba que el chico fuese tan útil para ellos.

A mitad de camino hacia el taxi sintió el impulso de volver a mirar hacia atrás. Ahí seguía Bradley apostado viéndola marchar. Sí, desde luego era lo máximo que podía esperar de él, pero sintió que había llegado a importarle. Le sonrió y se permitió tirarle un beso a lo lejos. A estas alturas ya todo le daba igual. El alzó la mano en señal de despedida y entró en la nave. Ya se había expuesto demasiado.

Con un sentimiento de satisfacción y de estar cerrando círculos, pidió al taxista que la llevará a Euston. Allí estaba, en su oficina, la diligente secretaria Letti como siempre envuelta entre papeles, pero en otro departamento. La veía un poco nerviosa, pero se alegraba de verla.

—Buenos días— le dijo amablemente, como si no la conociera—. ¿En qué puedo ayudarla? Un hombre buscaba distraído algunos papeles en la mesa de al lado.

—Disculpe, estoy buscando la sección de James Radleys —se inventó el nombre—. Mi primo trabaja en esta zona y debo darle un recado urgente de parte de mi madre.

—De acuerdo. Si no le importa voy a indicarla un momento —Letti se dirigió al hombre.

—Sí, descuide.

—Pase por aquí— indicó la inglesa.

Cuando estuvieron fuera de oídos ajenos, la española le informó de sus pretensiones.

—Me voy.

—Me lo imaginaba —Letti estaba intranquila—. No debías haber venido. Te están siguiendo la pista.

—¿Cómo lo sabes?

—Vinieron del MI5 y me han cambiado de puesto de trabajo, ya no soy la secretaria del director. Es lo mejor, que te vayas lo antes posible.

Letti estaba más preocupada por que las descubrieran que por despedirse de ella. No podían fundirse en un efusivo abrazo, ni a estas alturas lo necesitaban.

—Ten cuidado.

—Tú también.

Y eso fue todo.

Poco después llegó al apartamento. Se quedó esperando contestación. Nada. Volvió a mandar un mensaje. Silencio.

Mientras no había señal hizo la maleta dejando sus pertenencias en la misma puerta, al lado del perchero junto al abrigo y un par de mudas de ropa por si la cosa se demoraba dos o tres días más de lo esperado.

Paso el día entero y no hubo contestación.

El segundo día por la noche llamaron a la puerta.

—¿Quién es?

—MI5, abra la puerta.

—Miró la radio. No había pensado en esa eventualidad. Quitó cables y la empotró en el mueble con cuidado.

—Un momento. Estoy vistiéndome.

—Sí señora, tranquila —se oyó decir al otro lado.

Se quitó toda la ropa que dejó tirada en la cama y se puso el batín de andar por casa con la combinación. Sabía que cuanto más desvalida pareciese mejor. Siempre dejarían que se vistiese para llevarla detenida y mientras tenía unos minutos para pensar cómo escapar.

Abrió despacio echando un último vistazo al salón por si había algo que la pudiese delatar antes de abrir.

—Buenos días, señora—. Eran dos hombres enchaquetados, sombrero e identificación incluida que parecían salidos de una película de gánsteres americana. Uno de ellos se quitó el sombrero al entrar. Seguro que esa acción se la había enseñado su madre desde pequeño— pensó fugazmente.

—Gómez. Angelines Gómez —dio su verdadero nombre. —Dígame, ¿Que desean?

—Estamos haciendo ciertas averiguaciones que nos vuelven a llevar a usted —dijo uno de ellos. El que parecía llevar la voz cantante.

De nuevo la requerían para un interrogatorio en las oficinas del MI5. Al salir dio un rápido vistazo, comprobando que nada había quedado a la vista.

Esta vez no dispusieron para ella un agradable sillón, la dejaron sola en

una habitación aislada con una mesa y dos sillas. Quedó esperando dando golpecitos en el tablero, distrayéndose así para no dejar que trasluciera su ansiedad. Entró Samantha Jasper.

—Buenos días, señorita Gómez—. Se sentó en la silla frente a ella, con la mesa entre ambas.

—¿Qué sorpresa! ¿Samantha?. Así que esta es su distracción mientras su marido defiende a la Gran Bretaña.

La mujer obvió el comentario de la española, y fue al grano.

—¿Conoce usted a un científico llamado Fush?

—No lo sé. ¿Cómo es? —preguntó para salir al paso.

La agente la miró desafiante, haciéndola saber que sabía perfectamente cual era su juego.

—Es alto y desgarbado, con gafas, acento alemán y pinta de científico, fácilmente reconocible para una mujer como usted.

—Con esa descripción no me suena, la verdad.

—¿Está usted segura?

—Sí. Es poca información.

—Pues es un poco extraño, señora —continuó—, la vimos no hace mucho paseando con él y con la señora Úrsula Beurton, actualmente desaparecida. Inmediatamente después sacó un par de fotos de los tres en dicha situación y las puso encima de la mesa.

Angelines les miró a los dos y cogió las fotografías mirándolas detenidamente, con extrañeza, mientras pensaba que decir.

—Ah, sí. Eso fue antes de Navidad. Es un conocido de Úrsula. Le conozco de nuestras reuniones de expatriados y me invitó a tomar café pero me dijo que antes tenía que pasar por aquel sitio para ver a un familiar. No me acordaba ni de su cara —dijo con cara de sorpresa, aun sabiendo que los otros no se creían ni un ápice de lo que contaba.

—¿Sabe usted dónde está Úrsula Beurton?

—No, sólo la he visto un par de veces.

—Qué raro. Tenemos documentos que acreditan que ha estado varias veces con ella.

—Muéstremelos —cruzó los brazos y puso cierta actitud desafiante. Empezaba a sentirse cómoda y eso la reforzaba en aquella tirante situación.

—Señora, digamos Jasper, no tengo trabajo ni amigos. Si quiere, deténgame, al menos me aseguraré comida caliente en la cárcel, pero si no,

por favor, déjeme que vaya a buscarme la vida. No puedo malgastar el tiempo en cosas que no sé.

Se abrió la puerta y apareció uno de aquellos dos agentes que la habían interrogado con anterioridad y le habían encomendado vigilar los pasos de la espía.

—Señorita Angelines, que alegría verla. ¿Cómo le va la vida?

—Usted qué cree —dijo con aire aburrido.

—Agente Scott, déjela ir.

—Pero señor, no creo que sea oportuno, con las pruebas.

—Es una pobre española sin oficio ni beneficio y sin referencias en este país. Por mucho que estuviera en la orquesta roja, no tendría un papel más allá del *corre, ve y dile*. ¿No es así?

Intentaba humillarla, pero ella aceptó el rol. Sólo le importaba salir de allí.

—Si usted lo dice, señor. Realmente tengo la excusa perfecta para no volver a entablar relaciones con ninguna persona del Este nunca más. Es increíble todo lo que me está pasando. —Sin venir a cuento adoptó una actitud sumisa y puso la voz aguda mostrando desesperación—. Por favor, ayúdenme. Eso no se lo esperaba el agente Scott, que le agarró un hombro intentando consolarla.

—No señora, no se venga abajo. Esto es un trámite, tenemos que descartar conexiones que sigan operando en el país.

Sin embargo a la agente Scott le consumía la situación. Apretaba los dientes y se palpaba el ansia por agarrar a la interrogada por los pelos y obligarla a hablar. Quizás por eso había entrado el otro hombre.

—Está bien, pero esto no va a quedar así, no intente hacer ninguna tontería porque la estaré vigilando.

Antes de salir la agente golpeó la silla en la que había estado sentada y la tiró al suelo. Cómo se las gastaba la señora.

—Una pregunta más —se giró antes de salir por la puerta. ¿Dónde está Thomas Jasper?

—Ni idea —dijo la española con tono incrédulo mientras encogía los hombros y se percibía cierta sorna en su actuación.

Llegó deprisa al apartamento. Tenía que ser rápida, tenía que actuar ya, antes de poder poner a nadie sobre la pista de nuevo en los siguientes días. Lo tenía todo listo así que el servicio secreto no tendría tiempo de reaccionar si

podía irse esa misma noche.

Cuando abrió la puerta encontró un sobre en el suelo. Tenía un billete de avión en su interior y en la solapa ponía “Hola. Ya está todo listo”. ¡Esa eficiente secretaria! Su cara se iluminó, pero inmediatamente después palideció. El sobre incluía la documentación de su amiga María Moreno para poder salir del país, la misma que llevaba en el bolso el día del altercado de Zoya. Eran ellos los que lo habían cogido, y por tanto los que estaban detrás de aquel incidente. Querían eliminar a la rusa igual que habían hecho con su marido.

La lluvia de nuevo

Por segunda vez le acompañaba la lluvia ante un nuevo cambio de vida. Esta vez era diferente a cuando llegó, no era una tromba sino más bien una llovizna blanda, vaporosa y contenida, en un punto intermedio entre lluvia y humedad acompañado por momentos por pequeños goterones que se deslizaban por el cristal.

Observando aquellas gotas, empezó a revivir todo lo que había pasado en Londres. Ya apenas se acordaba de su vida anterior, la que alguna vez tuvo en el sur de España. El sol, las terrazas de los bares, sus amigos, su trabajo anterior a aquel malogrado matrimonio. Todo aquello lo recordaba como un sueño. Es más, para Angelines su vida volvía a tener el contador a cero aquella mañana lluviosa en que llamara a la puerta de Kim Philby a su llegada a Inglaterra. Nunca hubiese imaginado lo que conllevaría llamar a esa puerta.

Se dio cuenta de que aquella reunión, aparentemente informal que mantuvieron en el Grovesnor todas aquellas supuestas amigas, no era otra cosa que una reunión de las más importantes espías del momento del NKDV, el GRU, o dondequiera que pertenecieran, al menos en la Europa Occidental, y ella había formado parte de aquello. Zoya se había dado cuenta de que tenía madera para entrar en el círculo y Bradley había hecho el resto. Era una lástima que todo se hubiese precipitado de aquella manera. Por suerte reaccionó a tiempo. No quería ni pensar que la alemana hubiese corrido la misma suerte que Fush, condenado a prisión, con esos tres hijos sin su madre. Úrsula sabía bien jugar sus cartas. Era una gran profesional.

Se acordó también de Zoya. Ella sabía que su marido había sido asesinado y querían que pareciese un accidente. Ahora tenía claro que Úrsula sabía algo, cuando llegase a Berlín le preguntaría, aunque sabía que debía andar con pies de plomo entre ellos. Pobre Zoya, ojalá pudiese retirarse por fin y escribir cuentos, como ella quería.

En Londres sólo quedaban ya Letti y Svetlana. No creía que Letti cometiera nunca ningún fallo, tan laboriosa y eficiente en su trabajo de secretaria. Sólo tenía que dejar de pasar información, nadie se daría cuenta nunca y el tiempo disiparía su implicación. No lo parecía ni remotamente. Y de Svetlana, ojalá se fuese pronto a Rusia, porque era la que más papeletas tenía, después de trabajar codo con codo con Burgess y algunos más. Pronto les cogerían también, si no era en Europa sería en Estados Unidos. Era

cuestión de tiempo, había dicho Bradley.

Miró el reloj, en menos de dos horas estaría ya en zona comunista y con una nueva vida por delante. Al menos, allí se reuniría con alguien que conocía. Se levantó un momento del asiento y se echó el abrigo sobre los hombros. Lo había dejado apoyado sobre el asiento pero ahora le había entrado frío. Ese abrigo donde ella vivía en España sería escandaloso. Si lo viese su amiga María, tan humilde, seguro que se desmayaba. Sonrió para sí. Seguro que estaba estupendamente con su soldado inglés en Gibraltar. Todo no podía salir mal. Se decidió a escribir a su madre en cuanto pasara la primera noche en Berlín. La pobre estaría muy preocupada, siendo ella hija única y ya hacía meses que no sabía nada de ella. No se merecía eso. Le diría que ahora vivía en Alemania y que trabajaba en un taller de costura, como antes de que pasara todo. Igual no era de todo incierto. Era lo que le gustaba y era lo que pensaba proponer en cuanto tuviese oportunidad. Si podía trabajar igual que Letti, en un sitio importante, le gustaría en un taller o fábrica de costura. Era de lo que tenía experiencia y no se iban a poder negar. Al menos eso esperaba.

Se recostó un poco en su asiento y se rebozó un poco más en su abrigo pensando en Bradley. Ya le había regalado un hueco en su cada vez más insensible corazón. A él le debía mucho de lo que era ahora, y además la había mantenido viva y alerta en la desconcertante relación que tenían. Recordó su pecho protector aquella noche que pasaron juntos y eso la reconfortó.

Palpó un momento el doble forro del bolso donde había escondido el sobre marrón con la interpretación que había hecho aquel experto llamado Blunt del documento que ella había encontrado en el despacho del español antes de marcharse. “Para Sonja” ponía. Hasta esa momento no había sabido cual era el nombre en clave de Úrsula. No entendía lo que ponía, al parecer no era un sistema de codificación al uso sino que integraba elementos de la masonería. En cualquier caso, albergaba la esperanza de que fuese su salvoconducto en caso de que su traición, por cualquiera de las partes, se descubriera.

Cerró los ojos, relajada, quería aprovechar el tiempo que le quedaba entre una vida y otra, para descansar.

FIN...

AGRADECIMIENTOS

En esta ocasión quiero agradecer su inestimable colaboración y primeras aportaciones a mi nutrido grupo de lectores beta Enrique, Esther y Sandy Emberley, Jorge Santamaría, Carmen Puertas e Inmaculada Calle.

A mis queridas amigas Sonja Martínez y Melissa G. Morgan por proporcionarme, sin dudarlo, su belleza y su hostal, respectivamente, para la portada, y a Esther Emberley por hacerla posible.

No puedo dejar de mencionar la constancia, profesionalidad y dedicación de María Luisa Talem Viso en la corrección.

También a Ángeles Gómez por seguir regalándome con 93 años un poco de su inspiradora vida, a Emilio Soria por su incondicional apoyo y a Juan Rodríguez por su empeño institucional.

Y, como siempre, a Jorge y Maud por aguantarme cada día, y a todos vosotros, los lectores, que me sostenéis y me hacéis crecer en esta aventura.
Gracias.

Ana Emberley